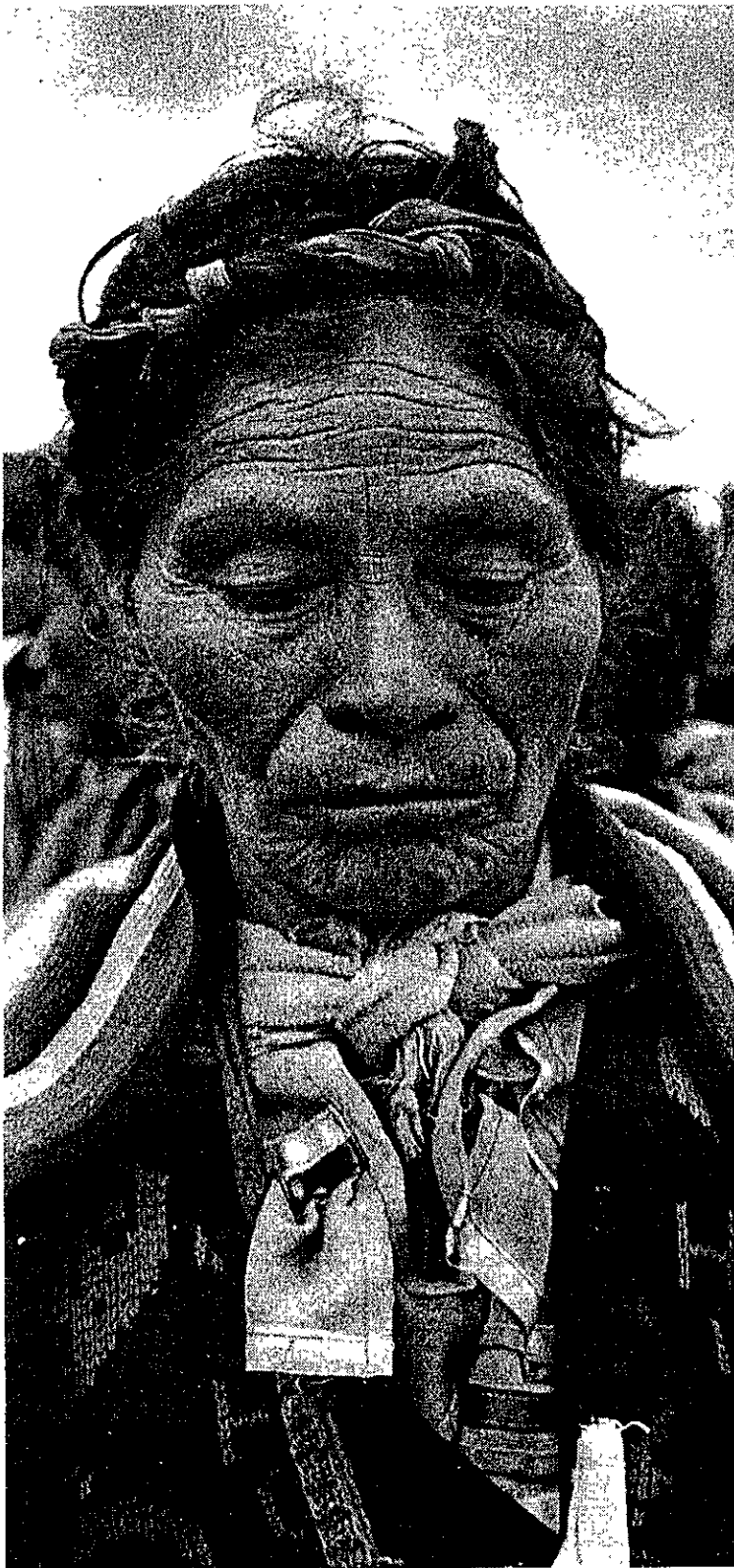


20
201



EL ROSTRO DEL OLVIDO

La otra cara de Guatemala

TESIS

PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN CIENCIAS
COMUNICACION

POR:

**NORBERTO GARCIA PORTILLO
Y
JOSÉ JUAN SANCHEZ
AMBROCIO**



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



FACULTAD DE CIENCIAS
POLITICAS Y SOCIALES

**DIRECTORA DE TESIS:
MAESTRA
ELVIRA HERNANDEZ
CARBALLIDO**

257457

1998



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**A MIS PADRES Y A MIS HERMANOS
POR SU APOYO.**

NORBERTO GARCIA PORTILLO

**A BLANCO TULIO.
IN MEMORIAM**

A TODOS LOS QUE CONFIARON...

JOSE JUAN SANCHEZ AMBROCIO

ÍNDICE

| | PÁGINA |
|-------------------------------------|--------|
| INTRODUCCIÓN | 1 |
| CAPITULO 1. CRÓNICA EN EL AIRE | 8 |
| CAPITULO 2. SEMBLANZA GUATEMALTECA | 16 |
| CAPITULO 3. DOS VIDAS | 31 |
| CAPITULO 4. MATANZA EN EL CHUPADERO | 43 |
| CAPITULO 5. LOS ZAPATISTAS | 56 |
| CAPITULO 6. CÍRCULO VICIOSO | 68 |
| CAPITULO 7. DESAVENENCIAS | 77 |
| CAPITULO 8. TIERRA PROMETIDA | 94 |
| A MANERA DE CONCLUSIÓN | 108 |
| CRONOLOGÍA | 110 |
| FUENTES | 112 |
| HEMEROGRAFÍA | 115 |

INTRODUCCION

De acuerdo con el profesor Julio del Río, el reportaje profundiza en las causas de los hechos, explica los pormenores, analiza caracteres, reproduce ambientes y refleja personajes. Además, es una gran interrogante que se diversifica en el ¿Qué? ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? y ¿Por qué? del acontecimiento.

Para Vicente Leñero y Carlos Marín existen tres grandes líneas de reportajes a seguir: el demostrativo, donde se descubren problemas, se fundamentan reclamos sociales y se denuncian lacras; aquí se profundiza en los hechos y establece un panorama lo más completo y exacto posible. De una manera fría y verídica presenta la crudeza de un acontecimiento sin soslayar al elemento humano.

El descriptivo, pretende dar un reflejo fiel de personas, lugares objetos y situaciones, todo ello cimentado bajo una observación profunda, clave del género. La descripción del entorno físico es importante, porque ayuda al lector a situarse en el lugar de los hechos.

El narrativo es la acción, el movimiento de llevar un problema de sus inicios hasta su culminación, se lleva a cabo un desarrollo paulatino y cronológico, se plasman escenas en movimiento con individuos en constante cambio. No obstante, se incluyen elementos del demostrativo y el descriptivo.

Javier Ibarrola nos amplía este panorama al incluir entre su clasificación al gran reportaje. Este es el resultado de la más completa labor de investigación del tema a tratar; investigación de campo, documental y testimonial fundamentalmente.

En la presente tesis reportaje intervienen todos los objetivos y funciones de los anteriormente mencionados porque hay información, investigación, interpretación, entrevistas, participación activa de los reporteros y narración. Cada una de estas características será adecuada al tiempo y al espacio del medio donde habrá de publicarse. Generalmente, el gran reportaje, según Ibarrola, es explotado en mayor número por las revistas semanales, quincenales y sobre todo mensuales. Podemos agregar que el gran reportaje, es el ideal para presentar una tesis en el área de comunicación.

La decisión de hacer un reportaje como tesis se debió a que, como hemos explicado en párrafos anteriores, el género permite captar al reportero la realidad de los hechos de manera profunda, explicar los pormenores, analizar en sus diversos matices a los personajes, describir ambientes y, en suma, hablar de un problema mundial que en México adquiere dimensiones no sospechadas: los refugiados.

Por tradición, México es el lugar de asilo y tránsito para latinoamericanos y europeos, la llegada masiva de españoles que huían del terror franquista o de los chilenos perseguidos por el régimen de Pinochet, son un ejemplo claro de esta política.

Sin embargo, a principios de los ochenta, el sureste mexicano se vio sacudido por un fenómeno sin precedente en la historia contemporánea del país; miles de guatemaltecos cruzaron la frontera con México y se establecieron provisionalmente en nuestro país. Huían de la represión militar ejercida por el gobierno de Guatemala en su contra, la mayoría gente indígena o campesina.

La respuesta de México se manifestó a través de diferentes instancias, como la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR); del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR); de la Diócesis de San Cristóbal, encabezada por Samuel Ruíz, y por si fuera poco, de los campesinos mexicanos, amén de las organizaciones no gubernamentales. Todos sumaron esfuerzos para ayudar a los chapines en desgracia.

Hambrientos, enfermos y con las cicatrices propias de la violencia sistematizada, estos seres humanos llegaron a Chiapas en busca de un nuevo horizonte, muchos murieron al cruzar la línea divisoria, pero otros lograron sobrevivir y construyeron precarios refugios o se integraron a las comunidades mexicanas que compartieron sus escasas pertenencias con los desamparados de patria.

Por ello, el reportaje que presentamos constituye una memoria colectiva del drama y la lucha de un pueblo refugiado a la hermandad de todos aquellos que les tendieron la mano. El rostro del olvido, la otra cara de Guatemala, pretende ser en términos periodísticos un reportaje profundo que indaga la psicología de un pueblo en éxodo, una investigación que intenta retratar la realidad de hombres, mujeres y

niños que aún hoy en día, cuando se ha firmado la paz en su país, siguen deambulando por el camino de una dolorosa incertidumbre.

El rostro del olvido, busca contestar las innumerables preguntas que acechan al lector desprevenido del tema; ¿Qué motivos los trajeron aquí? ¿Cómo ha sido su estancia en tierras extrañas? ¿Qué problemas han encontrado? ¿Cómo ven la situación del conflicto chiapaneco? ¿Cómo han sido tratados por el gobierno mexicano y la comunidad internacional? En fin, un sinnúmero de interrogantes que pretenden despejarse a lo largo de las siguientes páginas.

La metodología que siguió la elaboración del presente reportaje se apega en gran medida a las indicadas por Julio del Río y que son, a saber: Proyecto del reportaje, recopilación de datos, clasificación y ordenamiento de los datos, conclusiones y redacción final.

En apariencia sencillo, cada paso constituye un eslabón indispensable para el siguiente y así sucesivamente hasta llegar al momento de la elaboración final y única. Es claro que la parte más laboriosa está en la recopilación de la información, para ello, los reporteros realizaron una exhaustiva revisión de libros, revistas, periódicos, videos, tesis y documentos. Posteriormente vino el traslado al lugar de los hechos, donde por varios meses se llevaron infinidad de entrevistas con personajes relacionados con el tema.

La convivencia entre refugiados y reporteros se hizo indispensable. De esta forma, de septiembre de 1994 a enero de 1995, con algunos intervalos en 1996,

los investigadores convivieron estrechamente con las familias guatemaltecas asentadas en Chiapas, particularmente en el campamento Poza Rica ubicado en el selvático municipio de Las Margaritas.

En ese lapso, también se hicieron constantes visitas al Departamento de la Alta Verapaz en Guatemala para constatar las condiciones en que viven los guatemaltecos que en su momento decidieron regresar a su patria.

Los acuerdos de paz entre gobierno y guerrilla suscritos en diciembre de 1996 pusieron las bases para el regreso definitivo de los refugiados a su tierra; sin embargo, los años que estos hombres y mujeres han pasado en tierras mexicanas son una experiencia que jamás olvidarán.

Finalmente, se decidió dividir el reportaje en ocho capítulos distribuidos de la siguiente forma:

Capítulo I. CRÓNICA EN EL AIRE.- Este apartado forma un preámbulo al tema en forma de crónica. Aquí se relata el vuelo de un avión de transporte "Hércules" con refugiados guatemaltecos a bordo. Una de las protagonistas principales (una niña) se halla en el aparato que finalmente aterrizará en Guatemala.

Capítulo II. SEMBLANZA GUATEMALTECA. - El conflicto centroamericano repercutió directamente en México mediante el flujo esporádico de nacionales guatemaltecos desde 1980 y masivo en 1982. Este capítulo pretende dar a

conocer todo el proceso de inmigración a raíz de la agudización del enfrentamiento entre el Ejército chapin y diversos grupos armados de la misma nación sureña.

Capítulo III. DOS VIDAS.- Esta sección se integra con la descripción de una niña y una anciana en el campamento de refugiados de Poza Rica, municipio de Las Margaritas, Chiapas. Se emplea la crónica, el relato descriptivo, narrativo y novelado, así como entrevistas y observaciones de los reporteros, la finalidad: dar a conocer el lado humano en torno a estos personajes en tierra extranjera.

Capítulo IV. MATANZA EN EL CHUPADERO.- La matanza de refugiados guatemaltecos el 30 de abril de 1984 perpetrada por militares del mismo territorio en la zona del Chupadero, Chiapas, merece especial atención. En este sentido, conoceremos a fondo los pormenores de aquel exterminio masivo "caldo de cultivo" de los medios de comunicación de aquella época. Además se pone de manifiesto las instituciones que condenaron dicho acto.

Capítulo V. ZAPATISTAS.- Cuando en enero de 1994 estalló el conflicto armado en Chiapas, los refugiados estaban ubicados en el centro de la contienda militar por convivir muy cerca de las comunidades zapatistas. En este sentido, se recrea la opinión de los centroamericanos en torno al levantamiento armado, para ello se utiliza principalmente la entrevista y unos párrafos introductorios en torno a los primeros brotes bélicos.

Capítulo VI. CIRCULO VICIOSO.- En el presente apartado salen a la luz

algunos problemas como la prostitución, el alcoholismo y el carácter pendenciero que existe en el campamento de Poza Rica, vicios que generan delincuencia, violaciones e incluso homicidios.

Capítulo VII. DESAVENENCIAS.- Llegamos al punto donde ponemos en evidencia los constantes roces y discordias entre las comunidades mexicanas asentadas en el sureste y los refugiados centroamericanos, en particular los del campamento de Poza Rica.

Capítulo VIII. TIERRA PROMETIDA.- Finalmente, este apartado relata las vicisitudes de los refugiados a su regreso a Guatemala, ello basado en testimonios de los repatriados, y de la versión de autoridades de aquel país, como la Comisión Nacional para la Atención de Repatriados, Refugiados y Desplazados (CEAR) y el actual presidente de Guatemala.

De esta forma, el panorama que se presenta, espera cubrir las expectativas del lector y servir como medio para obtener el título de licenciado en *Ciencias de la Comunicación*.

CAPÍTULO I.

CRONICA EN EL AIRE

Rosa Evelia Hernández, de diez años, observa a once mil pies de altura los bordes difusos y sin horizontes de La Angostura, presa que se extiende a partir del municipio de La Concordia y forma el río de San Gregorio, muy cerca de la frontera con Guatemala.

Lejos quedaron los ecos del aeropuerto "Llano San Juan" en Tuxtla Gutiérrez, ciudad fantasma en su mente infantil, sólo hay brillo en sus ojos cuando escucha que cruzamos sobre Comitán el lugar más cercano a Poza Rica, campamento para refugiados enclavado en el municipio de Las Margaritas, donde hace apenas unas horas vivía con su familia. Ahora se aleja del precario hogar a una velocidad vertiginosa.

El avión, un Hércules C-130, matrícula XA-RSH de la compañía Aereopostal, transporta 120 refugiados que provienen de diferentes campamentos de Las Margaritas y Ocosingo. Junto a los guatemaltecos sin patria, viaja personal del Alto Comisionado de las Naciones Unidas, de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) y de algunas organizaciones no gubernamentales.

Veinte minutos de vuelo y cruzamos la frontera con Guatemala, el Hércules asciende hasta los 14 mil pies de altura, estamos en la cordillera de Los Cuchumatanes, gigantesca hilera de macizos montañosos que semejan seres

gigantes. La vegetación se cierra y sólo vemos la trama vegetal de Huehuetenango, departamento guatemalteco colindante con Chiapas.

Rosa Evelia mira absorta el río Dolores que se transforma en un espejo tornasolado, sus dedos se aferran a la ventanilla lateral de la cabina de mandos, el ruido de los cuatro motores, cada uno con cuatro mil caballos de fuerza, es ensordecedor, pero la niña se asombra por la aparente inmovilidad del avión, pareciera que está suspendida dentro de una canastilla.

La tripulación está integrada por gente experimentada. El piloto es un norteamericano veterano de las guerras de Vietnam y Corea, su rostro petrificado y duro sonríe mientras fuma cigarrillo tras cigarrillo. El cabello rubio lo lleva al rape y su mano se mantiene firme sobre el timón de mando.

El copiloto y el ingeniero de instrumentos son mexicanos, ambos "chacotean" por los micrófonos de transmisión. El Hércules se cimbra cada vez que entramos en un banco de nubes. Semeja un monstruo prehistórico abierto en canal. Es un avión de carga y sus dueños no se preocupan por la apariencia interior, cables, tubos, mangueras y una infinita maraña de aparatos y dispositivos recorren desde la cabina de mandos hasta la cola. Al frente, un volante hechizo de varilla corrugada. Alambritos por doquier y máskines por todas partes.

En el área de carga, se han colocado hileras de asientos para que los fortuitos pasajeros puedan sentirse cómodos. Hombres, niños, mujeres y ancianos se miran temerosos, unos esperanzados, otros bajo el atronador ruido de los

motores. Para la gran mayoría, es la primera y única vez que realizan un viaje por el aire.

Muchas ancianas han subido empujadas por la esperanza de volver a pisar su tierra, de otra forma jamás se hubieran atrevido a volar en una máquina que de sólo verla provoca exclamaciones alusivas a Cristo.

Algunos chapines comienzan a sentir los estragos de la altura, una señora de edad media sufre mareos y náuseas, al momento los miembros de la COMAR la tranquilizan y le dan unos algodones empapados en alcohol. Otra mujer de más edad siente que las sienes le estallan por el ruido de los motores, los empleados de Aeropostal le facilitan unos tapones para los oídos y el dolor disminuye.

Antes de abordar se les ha proporcionado un almuerzo ligero: tortas, frutas de temporada y los envases con agua de sabor.

Los más felices son los niños que sin hacer caso de las advertencias escapan de los brazos protectores de familiares y conocidos, para asomarse por las redonda ventanillas semejantes a los ojos de buey de las embarcaciones marítimas. Muy pocos consiguen ver algo, las espesas nubes y la altura hacen imposible la tarea de águilas en busca de presa. De súbito, la inmensa pared montañosa, de repente el imponente acertijo de cañones, grietas y cañadas. Más tarde todo ello se aleja paulatinamente y los horizontes se abren.

La situación provoca que el director de la COMAR, Carlos Vejar, organice

un pequeño recorrido a la cabina de mando para que los infantes se recreen ante la majestuosidad del cielo. El "tour" exclusivamente infantil se convierte en grito de protesta cuando los mayores piden lo mismo.

Así, entre sobresaltos y conversaciones ahogadas pasa el tiempo. 15 minutos después los Cuchumatanes quedan atrás, sus siluetas se desdibujan con el sol de mediodía. La aeronave comienza a perder altura, los pasajeros se inquietan cada vez más, los niños de brazos lloran presintiendo algo.

Rosa Evelia contempla la tierra de sus padres y abuelos, poco recuerda, cuando salió de allí era muy pequeña, quizá encuentra una vaga sombra de *chozas dispersas sobre una colina, la agitación de gente alrededor, el verde olivo y el café ocre de los uniformes militares, los gritos, la angustia, más que recordar, siente.*

Luego una tierra semejante a la suya, niños de su edad, y camiones cargados de maíz, frijol, carne enlatada, leche en polvo, y un nombre, Poza Rica. La voz del director de la COMAR la saca de sus ensueños. -¡Niña, a tu asiento!-, en la zona de pasaje hay movimiento, la gente de COMAR pide a los guatemaltecos ajustarse los cinturones de seguridad.

En estos momentos sobrevolamos la pequeña pista de la finca Fray Bartolomé de las Casas enclavada en el noroccidental departamento de Alta Verapaz. El ruido de las bombas de aire al expeler el tren de aterrizaje provoca la incertidumbre de todos, el Hércules se balancea peligrosamente, o al menos eso

creemos. Las madres angustiadas abrazan a sus hijos, los hombres y mujeres más tranquilos no dejan de ocultar un extraño presentimiento, después de todo quién puede sentirse seguro...

-Un refugiado se arriesga a preguntar- ¿Pasa algo señorita, el avión se mueve muy feo?-

- No se preocupe señor - responde la aludida, una integrante de la COMAR - Dentro de unos minutos estaremos en tierra firme, abróchese el cinturón, por favor.

Otra voz pregunta a su compañero de asiento -¿Y si se cae el avión?

- Esto aguanta mucho- responde.

- ¿Y si se cae? –insiste el primero-

-Pues ni modo, mejor nos morimos aquí, que allá (México).

Los refugiados se preparan para la tan ansiada llegada a la tierra abandonada por largo tiempo. Los cinturones se cierran, los alimentos dejan de consumirse. Las molestias propias de la altura, náuseas y dolor de cabeza hacen presa entre los chapines, el personal de la empresa y de los organismos que los acompañan se encargan de auxiliar y tranquilizar a los más angustiados.

En la cabina principal, John, el veterano piloto trasluce preocupación, sus rasgos endurecidos contrastan en el rojo de la piel, sus ojillos observan fijamente el horizonte virtual que le indica su aparato, la diferencia es apenas un segundo de eternidad. El copiloto no deja entrever emoción alguna, los anteojos contra el sol impiden penetrar su mirada, intercambia palabras en inglés con su compañero.

El aterrizaje se presenta delicado, la aeropista es un lugar propio para el descenso de avionetas. Hace apenas unos días se tiraron varios árboles para ensanchar el aeródromo de terracería, sin embargo, un piloto experimentado sabe que las condiciones son adversas, el terreno donde se posará el Hércules sigue siendo pequeño, por otra parte, la carga del avión no se reduce exclusivamente a los pasajeros, también hay un considerable peso en carga muerta; utensilios de trabajo, menaje de casa, madera para construcción, sacos de maíz, frijol, azúcar, todo lo que acompaña a un grupo de hombres en el éxodo de regreso.

En esto piensa el piloto cuando observa el altímetro, ocho mil pies de altura, quizá recuerde el día que fue derribado sobre las costas del África, y tuvo que saltar al espacio confiado sólo en la frágil tela de su paracaídas. La situación aquí es distinta, no hay equipo para casos de emergencia, ha sido sustituido por la habilidad y la suerte.

Seis mil pies de altura; sobre la alfombra selvática se dibujan pequeños puntos rojos, son los tejados de las casas, aparecen pequeños claros donde se medio distinguen corrales improvisados con animales propios de las granjas.

Tres mil pies de altura; una colmena humana con las caras hacia arriba nos ve pasar, se perciben las banderitas blancas o impresas con logotipos de familiares y compañeros de los guatemaltecos.

Mil pies... El suelo se precipita contra nosotros, algunos pasajeros en la cabina se cubren el rostro instintivamente, los chapines de la zona de pasajeros

han sido aleccionados convenientemente y colocan la cabeza entre las rodillas, protegiéndose con los brazos, el piloto y la tripulación se mantienen serenos.

¡Horror! La pista es atravesada por dos pequeños que seguramente escaparon de sus padres, el piloto tensa los músculos, los que vemos la acción ahogamos un grito en la garganta. Antes de que alguien hable, los niños desaparecen de nuestro campo de visión, el color vuelve a la cara de los tripulantes y en segundos tocamos tierra, el aterrizaje se consuma sin contratiempos. Alguien recibirá una reprimenda por la desgracia que estuvo a punto de ocurrir.

El Hércules se desliza suavemente ayudado por el tren de aterrizaje, las hélices de los cuatro motores dejan de girar paulatinamente, los guatemaltecos saben que han llegado al final del viaje. Descienden precedidos por una algarabía de gente, familiares, periodistas, representantes del ACNUR, la COMAR, la CEAR y por una multitud de representantes de organismos no gubernamentales.

Los padres abrazan a sus hijos, las esposas buscan a sus maridos, los hermanos y amigos estrechan a estos guatemaltecos que han finalizado su refugio obligado.

Diversos camiones de carga se acercan para recoger la carga muerta, la tripulación descansa y toma un merecido refrigerio, todavía alcanzamos a distinguir la mano de Rosa Evelia que se despide precipitadamente antes de ser tragada por la muchedumbre abigarrada en el lugar. Hoy es 16 de noviembre de

1994, el gobierno mexicano parece cumplir al pie de la letra el artículo 42, fracción VI de la Ley General de Población.

CAPÍTULO 2.

SEMBLANZA GUATEMALTECA

Guatemala y Chiapas, una historia común, una sola voz que se manifiesta desde hace siglos en las relaciones de trabajo, de parentesco, de fiestas y ceremonias, en suma, de hermandad. Es difícil pensar que se trata de dos lugares diferentes, de pueblos distintos, de gente distante, sin embargo, se hallan aislados, separados por una línea fronteriza donde circunda la muerte y el menosprecio por parte de gente que se hace llamar autoridad civil y militar.

Guatemala, un país de miseria y represión, de constantes conflictos internos, de guerrillas, de enfrentamientos armados, de racismo, de inequidad... Todo ello recae, sin lugar a dudas, en la gente pobre, en el pueblo miserable, que en su mayoría son campesinos e indígenas, chapines que sufren y padecen en su tierra, en su nación.

Sin embargo, éstos cruzan a territorio mexicano buscando trabajo, seguridad y un poco de paz, casi inexistente en su patria. Traspasan desafiando las leyes migratorias y rápidamente se asientan en campamentos ya sea en Chiapas, Quintana Roo y Campeche, generalmente.

Geográficamente Guatemala se localiza en el noroeste de América Central, con una población mayoritariamente indígena y campesina. La comunidad económicamente activa se dedica a la agricultura, ya sea a través del cultivo de autosuficiencia o mediante su contratación en las grandes fincas exportadoras de

café, algodón, azúcar, banano y cardamomo.

Se genera riqueza, es cierto, pero la disparidad en su distribución es evidente. Sólo unas cuantas manos reciben la prosperidad y la abundancia. Es decir, los grandes productores y caciques que desde siempre han monopolizado las mejores tierras, los créditos y otros recursos, mientras que los campesinos siempre han habitado parcelas paupérrimas y literalmente se mueren de hambre.

Durante la administración de Jacobo Arbenz (1950-1954), se intentó dar un giro brusco a esta política desigual. Se pusieron en marcha una serie de reformas con el propósito de distribuir equitativamente la tierra y de aprovechar aquellas propiedades ociosas acaparadas por grandes hacendados.

El comienzo fue halagador, algunos indígenas, incluso, fueron electos para ocupar cargos gubernamentales locales; se favorecieron las organizaciones de campesinos cuyo fin era promover la creación de cooperativas; hubo, en cierto momento, paridad en el reparto de tierras. En fin, todo iba bien hasta que...

Tales medidas, en plena guerra fría, suscitaron cierto temor y recelo a Estados Unidos, el cual asociaba la gestión de Arbenz a una creciente influencia del partido comunista guatemalteco. Además preveía que en un futuro cercano este país centroamericano adoptaría una política exterior más independiente.

Así, a finales de 1955 el gobierno estadounidense, dirigido en ese entonces por Eisenhower, orquestó el derrocamiento del presidente chapin, quien acusado

de comunista, entre otras culpas, fue destituido por el coronel Castillo Armas. Este borró toda imagen de democracia que se vislumbraba a futuro con el anterior régimen e impuso una dictadura más represiva y lacerante. Precededor de todas las dictaduras sucesivas que afligieron al país hermano y lo hundieron en una guerra civil que duró más de tres décadas. Figuraba, ya entonces, la ilegitimidad de una acción golpista organizada y/o financiada desde el exterior con la condición de que Estados Unidos tiene un Destino Manifiesto y, por lo tanto, puede decidir cuál gobierno libremente electo por su pueblo respectivo merece o no existir y si hay que sacarlo del poder mediante una intervención armada directa (como en Granada o en Panamá) o por medio de mercenarios como en Guatemala.

Se institucionalizó la violencia gubernamental contra organismos políticos, populares y opositores al sistema en turno. Las persecuciones y la falta de libertades fueron auspiciadas por esta administración, apoyada y dirigida por el ejército, que al carecer de consenso de la comunidad para mantenerse en el poder, utilizó actos denigrantes como la tortura y el genocidio.

Todo ello se recrudece durante el mando de Julio César Méndez Montenegro (1966-1970), Guatemala entró en un túnel de golpes de Estado; estados de sitio; suspensión de garantías constitucionales; cárceles, secuestros, tortura, asesinatos, masacres, cementerios clandestinos; programas de control poblacional y de guerra psicológica; campos de concentración y de trabajos forzados, con los que se pretendió mediatizar la protesta de corporaciones gremiales y humanitarias y restarle base social a la insurgencia. De esta forma infinidad de líderes, obreros cooperativistas, universitarios, catequistas,

sacerdotes, dirigentes políticos y comunales fueron desaparecidos.

En efecto, día tras día, surgían nuevas agresiones físicas, nuevas torturas que minaban paulatinamente a la población. Así, a finales de los setentas, la represión dejó de ser selectiva y se ejerció contra comunidades enteras. Prueba de ello es la matanza de la región de Panzós, el 28 de mayo de 1978, en la cual muchos indígenas, campesinos y demás población civil fueron asesinados inmisericordemente, no sin antes ser salvajemente martirizados, hasta tomar una dimensión total que puede llamarse de terrorismo de Estado.

Un sobreviviente del atentado relató en su momento al diario El Gráfico que varios cautivos fueron torturados con guantes de goma impregnados con sustancias químicas que fueron colocados en manos, testículos, garganta y pecho.

Tanta imaginación criminal se complementaba con la extrema pobreza en la que vivían hombres, mujeres, niños y ancianos. Todos ellos subsistiendo en deplorables condiciones.

Por ejemplo, Amnistía Internacional señalaba que en 1978, con una población aproximada de 6 millones de habitantes guatemaltecos, menos del 17 por ciento de los ciudadanos de áreas rurales poseía letrinas para uso domiciliario o comunal; sólo 3 por ciento tenía agua dentro de su casa y apenas 11 por ciento gozaba del privilegio de este líquido vital. Asimismo, más de la mitad de la población no contaba con una vivienda adecuada, ya que el 61 por ciento vivía en

casa de un sólo cuarto, con un promedio de cuatro personas por familia y, por si fuera poco, más de la mitad de la población era analfabeta.

En efecto, represión y miseria, de lo cual hoy todavía quedan vestigios nefastos de aquella época. Unos cuantos se enriquecen sin límite en medio de un mar cada vez más ancho de pobreza, producto de una feroz explotación que denigra a "los de abajo", a los desposeídos.

El forzado estado de impotencia en que subsistían tantos chapines; su generalizada desesperanza cotidiana, su extraviado sufrimiento, adherido a la angustia de contar sólo con el arma de la resistencia; el miedo a sus opresores, frenéticos y liberados de antemano de toda responsabilidad, formaba parte de una situación lacerante que asesinaba todo aquel ser humano que se hacía llamar campesino, indígena o revolucionario.

Oprimidos que se encontraban cada vez más aislados, arrinconados, arrojados al misérrimo mundo de la esclavitud sin derecho de réplica; carne humana agredida por la violencia institucionalizada, símbolo de la barbarie del Nuevo Mundo.

Todo ello originó una respuesta de varios grupos opositores, movimientos de insurgentes o guerrilleros, y hartos de tanta inmisericordia e intolerancia. Así, los setentas marcaron el nacimiento de organizaciones rebeldes, como "El Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP); la Organización del Pueblo en Armas (ORPA); las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), y el grupo más cercano a la guerrilla actual

que se autodenomina Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG)", según información de varios periódicos de aquella época.

Con el ascenso al poder del general Ríos Montt (1982-1984), Guatemala llega a su punto álgido. Bajo su mandato la tiranía se recrudece y se incrementa la política contrainsurgente, basada en destruir de raíz la supuesta base logística y social de la guerrilla: las aldeas campesinas organizadas en cooperativas.

Se implementan sistemas como "Tierra Arrasada", la cual consistía en quemar y asaltar a los poblados, torturar y asesinar a los campesinos para amedrentar a los sobrevivientes y atemorizarlos para que no colaboraran con facciones rebeldes.

Otra creación fueron las llamadas "aldeas modelo", una especie de campos de concentración donde se aglutinaba a la población para mantenerla bajo control y hacerla trabajar, en las tierras que les otorgaba el ejército, sin que a cambio se le diera salario alguno. Esta práctica es una reproducción de las colonias que las Fuerzas Armadas estadounidenses establecieron en Vietnam durante su guerra de ocupación.

Adela, refugiada guatemalteca en Chiapas desde 1985, dice: "En aquellas prisiones se vivía el infierno. Yo y otras personas huimos de Chimaltenango, mi aldea, donde diariamente éramos golpeados. Yo y otras personas huimos del ejército, nos fuimos a la montaña a padecer hambre, frío y enfermedades, antes que morir feamente. Después de varias semanas nos atraparon y fuimos a parar a

esas aldeas donde nos torturaban a más no poder, hasta desfallecer. Además, había muchas violaciones, tanto a mujeres como a hombres".

También se formaron las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC), en las cuales se reclutaban a civiles, de manera forzosa, para cuidar sus aldeas de ataques o acercamientos de insurrectos, quienes lanzaban asaltos esporádicamente.

Actualmente tales patrullas han sido movilizadas por la milicia chapina para atacar a las comunidades de población en resistencia. Se han convertido en cuerpos paramilitares que, contagiados por la violencia, agreden y saquean a sus paisanos.

Así, diversos medios de comunicación, agencias humanitarias y organizaciones no gubernamentales, ubican a Ríos Montt como el gobernante más cruel de la historia guatemalteca. Hombre que implantó nuevas formas de dominio, revivió antiguos métodos de tortura y asesinato; que arrasó poblados enteros, ya de por sí minados por sus antecesores.

Santos Tot Ical, refugiada de 30 años de edad, originaria del Quiché, relata: "Ríos Montt fue un demonio, mi pueblo, Rosario Canija, en el municipio de Uspantán, desapareció, sólo quedaron cenizas. La tropa capturó a muchos de mis hermanos y los amarraron y les prendieron fuego. A otros los abrieron en canal con un cuchillo y después los colgaron en los árboles".

Amnistía Internacional publicó, por su parte, un informe sobre derechos humanos en Guatemala, donde pone de manifiesto tales atrocidades, como en "San Rafael Independencia, donde se aplicó el garrote vil que consistía en correr un lazo sobre el cuello que aprisionaba un madero tras la nuca, la que se rompe junto a la vida de la víctima, cuando se le empieza a dar vueltas al torniquete... En otras aldeas, las mujeres eran violadas y asesinadas brutalmente; los niños azotados contra troncos y piedras; ancianos desollados vivos, arrastrados, quemados y flagelados. Los más 'afortunados' sólo eran sometidos a ruidos y a situaciones de terror, insultos o malos tratos en general".

Según datos publicados por la Comisión de Derechos Humanos de Guatemala en 1990, el régimen de este presidente fue el más agresivo, el más devastador, ya que 440 aldeas fueron borradas del mapa; 250 mil huérfanos; 50 mil viudas; un millón de desplazados internos; cerca de 150 mil refugiados en países vecinos; un millón de hombres obligados a patrullar; y 40 mil desaparecidos.

Definitivamente este régimen fue el detonante que marcó el hartazgo y el éxodo masivo de comunidades enteras hacia otros rumbos, hacia otros horizontes, en busca de seguridad y un poco de paz; de alimentos y trabajo. Seres humanos que, como vagas sombras abandonaron su país. Cansados, enfermos, con la imagen fija de aquella tortura física y mental; algunos mutilados. Sin embargo, lograron escapar de toda esa barbarie infligida por sus verdugos, por sus coterráneos, por sus "hermanos de sangre".

Emigraron en la obscuridad, con sus pocas pertenencias. Unos se deslizaron hacia el sur, otros, la mayoría, dirigieron sus pasos al norte, específicamente a territorio mexicano. Ahí, en el sureste, donde Chiapas, al principio, y Campeche y Quintana Roo, después, los abrigarían por mucho tiempo. Ahí nacieron sus campamentos, y por ende, una nueva vida que los convertía en refugiados guatemaltecos.

El trayecto fue pesado y la llegada casi agonizante. No obstante, alcanzaron su objetivo, arribaron a nuestro país centenares de chapines. Dadas las condiciones de su huida, se decía que más que humanos, los que llegaban eran "espectros" aterrorizados y en deplorable estado de salud.

Diversas instancias médicas, como el hospital de Comitán, Chiapas, establecían que el perfil patológico de estos transmigrantes era delicado, que estaban seriamente enfermos; especialmente aquellos que se establecieron en la selva. Las condiciones de salud, de por sí precarias de Guatemala, aunadas al cansancio o a la tensión durante la fuga a pie, se vieron empeoradas al tener que vivir en asentamientos sobrepoblados, en casas improvisadas sin agua potable ni instalaciones sanitarias básicas y con abundantes agentes transmisores de enfermedades, como el dengue, la disentería y la tuberculosis.

Rápidamente, la hospitalidad del mexicano se hizo presente. La iglesia católica a través de la Diócesis de San Cristóbal, Chiapas; el hospital de Comitán, la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR), el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR), así como otras agencias

humanitarias y grupos no gubernamentales, prestaron su ayuda a estos centroamericanos.

Para 1984, según datos proporcionados por la COMAR, se reconocían oficialmente 46 mil refugiados en Chiapas, sin contar los ubicados en la costa de Tapachula. Sin embargo, la diócesis local de la iglesia católica, que trabajó con estos guatemaltecos, reportó un total de casi 93 mil para el mismo año.

Todos ellos establecidos a lo largo de la frontera en cuatro distintas áreas: la costa de Tapachula, el municipio de Frontera Comalapa y las selvas de Margaritas y Ocosingo. Las concentraciones más grandes se hallaban en la Selva Lacandona.

Muchos de estos asentamientos estaban compuestos por indígenas que pertenecían a diversas etnias del tronco maya (Kanjobales, mames, chujes, jacaltecos, quichés, kakchiqueles, choles y kekchis), (COMAR 1988).

Diferentes fuentes señalaron la presencia, para 1984, de 80 a 92 campamentos improvisados por los refugiados en zonas muy cercanas a la frontera. Además, se indica que éstos eran de tres tipos: los grandes, constituidos por 2 a 6 mil personas; los pequeños, ubicados a poca distancia de los ejidos; y aquellos en donde los chapines se integraron a las comunidades y convivían estrechamente con los mexicanos.

Tal densidad de población trajo consigo un sinnúmero de calamidades como la

insalubridad, escasez de agua potable, formas inadecuadas de eliminación de excretas y estancamiento de aguas. Samuel Ruíz, obispo de San Cristóbal, decía que las condiciones eran tan pobres que muchos padres se vieron obligados a "regalar" a sus hijos entre los campesinos mexicanos, con el fin de asegurarles alimentación y techo.

"Pos sí, tuve que emprestar a un chamaco pa'que tuviera comida. Dos me los mataron en mi comunida' (Maya Lan). Pos llegamos (a México) hambrientos y cansados, caminando a pura montaña, hicimos 15 días, no andábamos en el camino porque el ejército allí estaba. Sólo comíamos palmito y tomábamos agua de la montaña". (Dice Bartolo Gaspar, refugiado desde hace 11 años).

Sin embargo, como perros de caza, grupos armados guatemaltecos, incursionaron las veces que quisieron en nuestro territorio y asesinaron incluso a mexicanos. Se generó entonces una actitud hostil de parte del gobierno centroamericano. Éste aducía que aquellos que habían huido eran guerrilleros y por lo tanto habría que regresarlos en calidad de delincuentes.

Efectivamente, hostigaron y asesinaron, sin miramiento alguno, con la misma saña empleada en su país. Esos grupos paramilitares, "Escuadrones de la Muerte" o Kaibiles actuando siempre bajo el amparo del gobierno chapin, sinónimo de impunidad. Incursionando a pie o en aviones. Bombardeando, lanzando granadas, torturando.

Quizás la agresión más grave fue el ataque perpetrado al campamento El

Chupadero, Chiapas, registrado en la madrugada del 30 de abril de 1984. Consternando sensiblemente a la sociedad mexicana por la brutalidad que ahí se dio. Varios muertos, previo martirio, heridos y desolación total del refugio.

El 9 de mayo, del mismo año, el entonces secretario de Gobernación, Manuel Bartlet Díaz, anunció la decisión del gobierno mexicano de trasladar a los refugiados, argumentando que "ante la imposibilidad de expulsarlos o convencerlos que regresen a su patria y debido a que su presencia allí constituye una amenaza a la seguridad nacional, se decidió llevarlos a una zona del centro de Campeche, donde falta mano de obra" (Unomásuno 19-5-84)

Tales declaraciones causaron cierta indignación en algunos sectores del país, como partidos políticos, organizaciones no gubernamentales y asociaciones religiosas, entre otras.

Da la impresión de que Gobernación hubiera preferido una medida más drástica, quizá una deportación masiva, al estilo de las que hubo en gobiernos anteriores hasta López Portillo.

Excélsior, bajo el titular "Fin a los asentamientos de guatemaltecos en la frontera. No son refugiados políticos", señala en los sumarios: "Tendrán la disyuntiva de ir a Campeche o repatriarse, anuncia Bartlet; llegan en busca de mejores condiciones, no porque peligren sus vidas; medida de seguridad nacional. Su afluencia pone en riesgo la soberanía; se cancelarán todas las atenciones que tenía nuestro gobierno con ellos".

Sin duda, es manifiesta la complicidad entre autoridades mexicanas y el gobierno represor del país vecino. Aparte, los transmigrantes que arribaron, principalmente a Chiapas, llegaron a un estado donde la represión y la miseria son las armas de los caciques que rebasan las decisiones del gobierno federal. Y si no, ¿Por qué el levantamiento armado en enero de 1994?

Sin embargo, unificaron su voz con los campesinos mexicanos. Hermanos de martirio, de pobreza. Casi no existían diferencias entre aquéllos y éstos. Sólo el recuerdo los agobiaba, los hería en todo momento. Llevando sobre la piel y la memoria las cicatrices de la represión, han dejado en sus tierras, los cadáveres de sus hijos, padres o madres, que les han sido arrebatados en nombre de una supuesta lucha anticomunista, por medio de la más cruel y violenta agresión ejercida por los gobernantes de un pueblo contra sus propias comunidades.

Es cierto, refugiados guatemaltecos que se han visto atrapados en un círculo vicioso de dependencia y explotación. Antes, los "Escuadrones de la Muerte", hoy los "Escuadrones de la Muerte". Nada ha cambiado. Muchos cambios de gobierno parecidos, efectuados en los pasados 30 años, no han logrado detener, aún hoy con más ímpetu, a grupos paramilitares; las continuas desapariciones; las masacres en pueblos aislados o áreas rurales; ni la utilización del ejército en el patrullaje y la vigilancia de las aldeas campesinas.

Bastaría con observar estos datos: "en el gobierno militar encabezado por el General Romeo Lucas García fueron ejecutados extrajudicialmente 2 mil 282

personas. En el gobierno "democrático" de Vinicio Cerezo esta cifra alcanzó las 2 mil 546 personas, más 542 detenidos-desaparecidos. En el régimen de Jorge Serrano Elías, solamente en el primer semestre de 1991 hubo 486 víctimas de ejecuciones extrajudiciales y en 1992 otras 482" (Unomásuno 15-5-95).

Los datos son contundentes. Revelan que existe una línea persistente en la impunidad. La "herencia maldita" de la dictadura. Y ello se debe en gran parte, a la intocabilidad de los militares y de sus funciones en la vida política del país. Dura realidad guatemalteca, que hoy, en nuestros días, sigue vigente, sigue asesinando, sigue... y sigue.

Actualmente, según datos de la COMAR (1996), hay en México unos 30 mil refugiados en 113 campamentos repartidos por los estados de Chiapas, Quintana Roo y Campeche. Además, se calcula que han nacido en México unos 15 mil niños de padres guatemaltecos. En este sentido, el ACNUR indicó en un escrito que el gobierno mexicano ha otorgado la posibilidad de naturalización a los nacidos en territorio nacional o a los que hayan contraído matrimonio con mexicanos.

Cabe apuntar que desde su nacimiento, los niños refugiados han pasado por situaciones de vida diferentes a las de sus padres. Algunos han dejado de hablar su lengua y ahora sólo hablan español, se han adaptado mejor en un país que "no es el suyo". No obstante, estos infantes desean conocer sus costumbres y se les enseña el tejido y la alfarería, el idioma, e incluso saben, a grandes rasgos, lo que ha pasado en su país, de la guerra civil, de la represión, de la violencia. Y lo

asimilan... y perdonan.

Hoy, esos niños están ante la disyuntiva de irse, si acaso hay condiciones para su repatriación, o de quedarse. Si se van, quizás tengan problemas para integrarse a Guatemala. Si se quedan, corren el riesgo de ser tratados como mexicanos de segunda clase. Definitivamente el futuro de la niñez guatemalteca, asentada en el sureste mexicano es un tanto incierta. Como quiera que sea, muchos centroamericanos han pedido la nacionalidad mexicana, han decidido residir permanentemente en nuestro territorio.

"Esperamos que se agilice nuestro proceso de integración en México; queremos ser mexicanos porque tenemos hijos nacidos en este país. De sobrevivir allá (en Guatemala) o de vivir aquí, preferimos vivir aquí. Bien o mal, todavía seguimos vivos", recalcó Santiago Francisco Lucas, refugiado chapin desde 1984.

CAPÍTULO 3.

DOS VIDAS.

ANTONIA DOMINGA.

"Los mayas mueren en su propia tierra, entre su propio pueblo, y mi pueblo es Guatemala, en Quetzaltenango, cuna de esas aves de la libertad, esa libertad que nos fue arrebatada, y fue pisoteada. Allí están mis tierras, mis montañas, mis pájaros, mi gente... mi vida". He aquí la sentencia, la cual se torna patética cuando es Antonia Dominga quien las pronuncia ya que a sus 54 años se nota seriamente consumida, envejecida y enferma.

Tendida en su camastro rústico por cierto, hecho con troncos, piedras y trapos multicolores, revela los excesos y brutalidades de la que fue objeto. Violencia que minó sus fuerzas físicas y espirituales; violencia que acabó con sus seres queridos; violencia que le arrancó sus parcelas de cultivo; violencia que le marcó el cuerpo cruelmente en aras de una guerra anticomunista; en aras de una falsa democracia.

En efecto, Antonia Dominga es, aún, víctima de una política agresiva que la vulnera cada día más; que la persigue en todo momento; que la acosa en sus eternas pesadillas; que la trauma en su sistema nervioso, manifiesto en el temor a ciertos ruidos que le recuerdan el constante tableteo de las ametralladoras, los helicópteros y aviones de combate. Aun en la vigilia ve y escucha los gritos de súplica de sus hermanos chapines ante la tortura de los soldados.

Es ahí, en el campamento Poza Rica, en la Trinitaria Chiapas, ubicado a

ocho kilómetros de la línea fronteriza, donde se convirtió en refugiada guatemalteca desde 1982. Es ahí, donde habita en condiciones infrahumanas, a pesar de la ayuda humanitaria de algunos organismos como la ACNUR y la COMAR. Es ahí, donde espera, con suma esperanza, el retorno a su tierra. "Quiero morir allí, junto a mis hermanos, junto a mi tierra... junto a mi patria", dice mientras se cubre el rostro con un destefido y raído chal. Rostro apacible, quemado y rugoso, de rasgos indígenas, la nariz chata, los ojos hinchados y lacrimosos, el cuello enjuto y áspero, y sus labios exangües y temblorosos siempre balbuceando treinta y tantos años de represión ejercida en su contra, represión que, según se dice, terminará pronto. Pero, el gran daño está hecho.

Pequeña y encorvada, Antonia Dominga, es víctima de políticas como "Tierra arrasada", de "Aldeas Modelo" y de "Fusiles y Frijoles", allá en su tierra natal de El Cantel, departamento de Quetzaltenango, que por cierto en tiempos antiguos había sido tributaria de los aztecas. Entonces huyó de Guatemala y se internó en el sureste mexicano, buscando asilo, pidiendo ayuda, reclamando un poco de paz y un poco de comida.

Pedro, su esposo, y sus dos hijos fueron cobardemente asesinados, luego que los kaibiles los apresaron "dizque por ser guerrilleros, cuando ellos sólo trabajaban la tierra, sólo sembraban, sin dañar a nadie". "Yo vi como los mataron; primero los colgaron de las manos durante dos días, encuerados, después los bajaron y les abrieron el vientre con cuchillos, les echaron sal y chile y los volvieron a colgar, después los enterraron todavía con vida".

"Recordar es vivir", dice la sabiduría popular, pero para esta viejecita, recordar es morir. Recuerdos que se tornan amargos y dolorosos cuando sus pequeños ojos se llenan de lágrimas, lágrimas que hacen flaquear y que conmueven. "Yo morí desde es día", dice, cuando súbitamente su mano huesuda se levanta para señalar una imagen descarapelada y opaca de San Caralampio que, al igual que San Miguel Arcángel, constituye uno de sus máximos protectores. "Él es mi padre celestial, mi Dios que me ha cuidado siempre, el que me ha cobijado con su manto divino, con su poder infinito".

"Y aquellos -señala dos brazos en cruz: uno desnudo, el de Cristo crucificado, el otro, en su amplia manga monástica, el de San Francisco, dios de la fertilidad, en varios lugares de Centroamérica. La palma de cada una de las manos está marcada con rastros de clavos. Imagen religiosa sumamente venerada y requerida en muchas iglesias de Guatemala- son mi fortaleza y mi esperanza. Ellos me abrazaron en mi desgracia, en mis angustias, fueron los que me acompañaron hasta aquí, y son los que me llevarán de nuevo a mi Cantel, y allí sí moriré en paz".

Al decir esto, Antonia Dominga se santiguaba trabajosamente, para luego rematar: "donde todo falta, Dios asiste". Y sí, en efecto, amén de la violencia sistematizada en su país, ahí, en su diminuta choza todo falta. El interior, casi desnudo, manifiesta la miseria en la que viven, en general, todos los que aquí habitan. Toda esa pobreza que se vislumbra en cada jacal de madera, y de láminas., y de arbustos mal colocados, por lo que el viento se cuele con facilidad.

Vida que denigra a cualquier ser humano, llámese guatemalteco, salvadoreño o mexicano.

El piso de tierra, siempre húmedo, algunos pedazos de madera para sentarse, uno que otro utensilio para la comida, escasa por cierto, una cubeta para el agua, jabón corriente, un Tlicuil (tres piedras colocadas en triángulo para poner el comal), un petate y una mesa gastada donde reposa un molcajete con la cara sonriente de un puerco. Aquí vive Antonia Dominga, quien no se queja de tal situación, al contrario "Pos' aquí la voy pasando, ahorita ya estoy vieja, pero todavía le echo ganas: voy por mi agua, hago mis tortillitas, mi pintadito (café), y pos' al menos tengo un poco de paz".

"Allá - añade desviando la mirada hacia donde se encuentra San Caralampio-en Cantel, trabajé desde muy escuincla en las fincas cafetaleras y en las haciendas. Creo que nunca tuve infancia, creo que ninguno de mis hermanos tuvo infancia, no hubo tiempo pa'eso".

Dejó su parcela cuando ya no pudo resistir, cuando la violencia la martirizaba día con día, cuando todo le fue arrebatado, y todavía más cuando tuvo que degradarse a tal grado de convertirse en un esclavo. "Fue entonces cuando agarré camino pa'acá, ansina sin nada, sólo mi ropita y unos quetzales (nombre del ave nacional, emblema de la libertad, cuyas bellísimas plumas adornaban las capas de los magnates mayas que señoreaban sobre estos territorios, y que se adoptó como denominación para designar la unidad monetaria)". Pero no avancé mucho, porque los pintos (soldados) me prendieron, y, primero, me golpearon con palos y

cinturones, después me amarraron a un árbol donde picaban mi cuerpo con espinas, y me echaban vela quemada (cera caliente) sobre mi cara. Ya después me jalaron a una 'aldea' donde trabajaba hasta muy noche en lugares sucios y llenos de animales malos (ponzoñosos), todos allí arrojados como animales. A los que ya no podían, los aventaban a unos hoyos donde morían al rato".

Sin embargo, junto con otros paisanos huyó de toda esa barbarie infligida por una dictadura cruel, que nos hace recordar los campos de concentración nazis: verdaderos manicomios del horror y del crimen masivo. Escapó, en efecto, pero su vida ya no sería la misma, llevaría sobre la piel, esa piel sumamente mortificada, y la memoria, las cicatrices de tanta inmisericordia.

"Nos persiguieron por las montañas, por los caminos. Aquí y allá había kaibiles. Nos querían agarrar como animales. Nosotros nos escondíamos en las barrancas, en las quebradas, en las cuevas. Comíamos semillas, cogoyos, hojas, tallos y raíces de plantas y árboles. No hacíamos fuego, muchos murieron en el camino, de hambre y de sed, y de cansancio. pero ansina llegamos a México, donde nos vieron con desconfianza, pero después nos ayudaron".

Sin embargo, en el sureste mexicano fue víctima de una explotación caciquil que la hizo trabajar jornales extenuantes por mínimos salarios. "Muy temprano iba a la cosecha del café, y luego, en la tarde, limpiaba la cizaña o rastrojo de otros terrenitos, allá en Rodolfo Figueroa (municipio), y en la noche nos iban a recoger ya para dormir". "Pos' había que ganarse la comidita y el techo". Además de todo ello, los soldados guatemaltecos traspasaron la línea fronteriza en busca de

Antonia Dominga, quien en constante zozobra se escondía en la selva, desde donde observaba el momento en que "se llevaban a uno, a dos, y mataban también mexicanos y luego los aventaban al río, muertos":

"Pos'tanta malda' me enseñó a ya no ver el peligro cómo es, ya no le tengo miedo, mejor me hago amiga de mi condición de perseguida, de mi vida de india y de lo pobre que soy". Pero Dios es justo y todos estamos en las manos del Dios justo, él sabrá castigar a los que nos matan".

Terrible sentencia que indica no una resignación fatalista, sino una resignación digna; una resignación que no es una rebelión absurda, sino la esperanza que se mantiene en pie, dispuesta a un retorno a su patria, a su tierra. "Pos' allí nací, y pos' allí quiero morir". Al decir esto, Antonia Dominga lloró. Lágrimas que reflejaban todo ese dolor que le habían infligido, toda esa amargura que le habían dejado. Amargura y dolor que compartía con miles de refugiados guatemaltecos.

Y en efecto, Antonia Dominga fue repatriada a Guatemala. Regresó acompañada de San Caralampio. Aquellos brazos en cruz la "guiaron" a la tierra de los quetzales, donde, según fuentes fidedignas, se le otorgó un jacal y un pequeño telar de cintura con pedal. Obviamente esto no fue suficiente para reparar el gran daño que se había causado. No obstante, para esta viejecita, la suficiencia radicaba en que se encontraba nuevamente en su hogar, ahí donde nació, y en donde algún día morirá.

ROSA EVELIA.

¿Cómo describirlos?. Físicamente son distintos, sus pequeños cuerpos se encuentran en la etapa de formación y desarrollo, son niños que crecen para convertirse en adultos, aunque emocionalmente ya lo sean. Sin embargo, tienen un destino común; el hambre, la miseria y el dolor del destierro. Su infancia les anuncia de manera prematura los problemas de la vida adulta. Su horizonte repite el mismo transcurrir obscuro y sin esperanza de sus padres, abuelos y demás generaciones perdidas en el tiempo y el olvido.

Su vida se encuentra suspendida sobre el delgado hilo de la incertidumbre, hoy como en el pasado se extiende la mancha de la ignominia y la vejación; así es la vida en este lugar cuyo nombre repercute en sus mentes infantiles; Poza Rica.

Este campamento se encuentra situado junto a la población mexicana del mismo nombre, se localiza en el selvático municipio de Las Margaritas, a unos cuantos kilómetros de la frontera con Guatemala.

La Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) considera a Poza Rica un campamento base, debido a la posición estratégica que ocupa (camino a la selva) y a la infraestructura con que cuenta. Durante 1994 y 1995 un total de 35 campamentos aledaños dependían de Poza Rica.

El que visite Poza Rica se encontrará con el siguiente cuadro: por la madrugada, después del amanecer, una neblina pertinaz y densa se levanta del

suelo fangoso y húmedo, los gallos cantan al percibir los rayos del sol, la vida despierta al son de los grillos y cigarras.

De las chozas de los refugiados se escapa el humo del fuego que calienta los pocillos del café y las tortillas grandes, las voces de hombres y mujeres se confunden con el murmullo del río que atraviesa el campamento, sobre las orillas opuestas un puente de hamaca las cruza, de aquí proviene el agua para cocinar, bañarse, lavar la ropa o simplemente para saciar la sed. Un vistazo rápido al campamento es engañoso, apenas se distinguen un puñado de viviendas extendidas sobre unos pocos metros, la vegetación impide ver con claridad los alrededores. Para ubicarse, tenemos que subir algún lomerío, entonces distinguiremos alrededor de 50 chozas de lámina y madera esparcidas entre la tupida foresta.

Lo que intenta ser la calle principal del campamento, ha sido desmontada y emparejada burdamente, a su lado se alinean algunos comercios donde se expenden desde un machete hasta un cerillo, en una puerta desvencijada hecha con madera de árbol recién tumbado, se ha colocado un cartelito garabateado con la palabra "dentista". Dentro se observa un joven odontólogo mexicano que decidió exiliarse de la ciudad para realizar su servicio social.

El campamento comparte estrechamente con los mexicanos de la zona los servicios médicos y educativos, la simbiosis se ha cerrado tanto, que incluso se han celebrado matrimonios mixtos, el amor no distingue una imaginaria e impráctica línea fronteriza.

En este lugar vive Rosa Evelia Chen Coc, niña de doce años. Su vida transcurre al lado de su madre, Dolores Pascuala Coc, de su padrastro Juan y de sus hermanos pequeños; Jesús y Santos. Al igual que otros infantes de su edad, la desnutrición ha mermado su desarrollo físico, a su edad sólo alcanza el uno treinta de estatura, su poca talla habla de la mala alimentación, las enfermedades endémicas y el descuido de unas autoridades incapaces de velar por los extranjeros en tierra mexicana.

Rosa Evelia es de tez morena, ojos negros y nariz chata, una larga y ceniza cabellera le cae por sobre la delgada espalda. Sus pies están descalzos, la piel de las plantas se ha curtido a tal grado, que no siente ninguna molestia, los dedos de las manos son gruesos, las palmas callosas denotan la temprana actividad física que ha desarrollado. Sin embargo, Rosa Evelia ha llegado a considerar las desgracias de su pueblo como algo natural y durante unos años ha disfrutado de una infancia tolerable, lejos del infierno de los combates y las muertes sumarias de su tierra. Sus ojos normalmente tranquilos reflejan el miedo al mirar en dirección a Guatemala, esa patria vejada por el hambre y la muerte.

Los recuerdos del pueblo donde nació son vagos y confusos. Sin embargo, un hecho marcó con fuego su memoria, tenía tres años cuando sus hermanos mayores y tíos fueron apresados, el ejército guatemalteco los torturó hasta matarlos, finalmente los militares culminaron su obra al incendiar la humilde choza donde habitaba la familia.

Por circunstancias fortuitas, Rosa Evelia, su madre y su padre, al igual que un hermano menor, salvaron la vida. Más tarde, la familia sobreviviente huyó a través de la selva hacia una tierra desconocida, pero que representaba su última esperanza: México. Aunque el infausto destino les deparó un segundo golpe. El campamento donde se instalaron provisionalmente en México llevaba un nombre que se haría tristemente célebre, "El Chupadero".

Allí terminaría el sueño de una familia unida, la noche del 30 de abril de 1984 llegaron los Kaibiles y el acto segundo del drama se hizo, ahora en territorio mexicano. Después de esas horas de pesadilla, Rosa Evelia quedó huérfana de padre y el hermano menor que los acompañaba en el éxodo, murió cuando recibía los primeros auxilios.

La orfandad se transformó en trauma y ésta se convirtió en incredulidad hacia un gobierno que les había prometido protección pero que fue incapaz de cumplir. Cuando se instaló en Poza Rica durante 1985, la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados le proporcionó ayuda psicológica. La doctora Eufrosina N. adscrita a la COMAR en Comitán, comentó que la niña presentaba un cuadro autista, no hablaba, no reía y su mirada se perdía en el horizonte.

Mediante la terapia, Rosa Evelia comenzó a pronunciar palabras aisladas acompañadas de constantes ataques de llanto. Poco después pudo expresar sus emociones a través de dibujos y pinturas. Las imágenes mostraban un mundo desgarrador donde pollos, perros, vacas y otros animales del campo aparecían muertos o mutilados.

Cuando la niña pudo hablar de manera coherente, sus palabras aludían a las masacres de los animales y a su incomprensión por lo absurdo de esas muertes. Había una pregunta que llegaba hasta la obsesión, "¿Por qué se mueren las vacas?"

Lentamente, gracias a la ayuda profesional, Rosa Evelia recuperó el interés por la vida, el anhelo por correr, jugar y pensar volvió a ella, fueron meses de esfuerzos pero la recompensa valió la pena.

En Poza Rica, la pequeña reinició una vida nueva y pese a la miseria que la rodeaba pudo encontrar un aliciente en las clases escolares. Su madre se juntó con otro hombre de origen guatemalteco y en la familia nuevos seres aparecieron para cubrir ese hueco de afecto y cariño filial. La vida parecía retornar a su cauce normal hasta que llegó el año nuevo. Enero de 1994.

Poza Rica, el campamento modelo, aquel cuya estancia era disputada por los promotores de campo de la COMAR, se vio envuelta en la tensión del levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Los chapines ya los conocían, sabían acerca de sus prácticas y quiénes lo integraban, pero desconocían sus propósitos concretos. El día de la rebelión, tanto la paz como la tranquilidad de Poza Rica, y los campamentos aledaños desaparecieron del lugar. La población se sumergió de nueva cuenta en la pesadilla de la guerra, ya no en Guatemala, sino en México.

Después de las primeras semanas del conflicto, un ambiente tenso reinó en toda la zona. Los líderes de los campamentos comenzaron a estudiar la posibilidad de un retorno masivo a su tierra natal. En Guatemala, el gobierno del entonces presidente Ramiro de León Carpio manifestó su intención de acoger y ofrecer tierra a los que un día se fueron. Por su parte, la guerrilla guatemalteca reanudó pláticas con el gobierno para garantizar la estadía de los refugiados.

La familia de Rosa Evelia decidió unirse al grupo de retorno masivo "Nuevo Amanecer" que organizó el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados, ACNUR, la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados, COMAR de México, y la Comisión Nacional para la Atención de Repatriados, Refugiados y Desplazados, CEAR de Guatemala.

La fecha se acordó para el 16 de noviembre de 1994 por vía aérea. Es difícil imaginar esa última noche en el campamento. Para la familia de Rosa Evelia, como para la gran mayoría, son diez años de su vida, en los más jóvenes es toda la vida conocida; incertidumbre y melancolía se avizoran en su horizonte. La moneda está echada en el aire, la tierra prometida, aquella de la que salieron, les espera, sólo los muertos no podrán perdonar "... brille para ellos la luz eterna".

CAPÍTULO 4

MATANZA EN EL CHUPADERO

Los oficiales a cargo del destacamento sacaron la pistola. Dieron la orden. Los soldados chapines marcharon rítmicamente y se alinearon. Cruzaron la línea fronteriza. Avanzaban, avanzaban. Entraron por tres partes en una acción coordinada. Por los dos costados del campamento y por la parte opuesta de cara a la frontera. Una maniobra de pinza que obligaba a los refugiados a correr en dirección a Guatemala.

Súbitamente cortaron cartucho de sus armas calibre 223, reglamentarias del Ejército centroamericano. Prepararon sus granadas de mano y alistaron sus ametralladoras. Sonaron los disparos. Sordas detonaciones, mensajeras de la muerte. Las balas rebotaban como granizo buscando su objetivo. Los militares dejaban sentir el tableteo lejano de sus ametralladoras.

El silencio de la noche se tornó estruendoso. El pánico se apoderó de todos. La gente abandonó el sueño y se echó a correr buscando protección entre los árboles; hombres, mujeres, niños y ancianos huían en desbandada, la mayoría semidesnudos, se confundían en la oscuridad, chocaban entre sí, y morían o quedaban heridos sólo a unos cuantos pasos de sus chozas.

Sí, la madrugada del 30 de abril de 1984 un contingente de 200 soldados guatemaltecos más otro grupo indefinido de gente vestida de civil, concertada en tres secciones, penetraron en territorio mexicano, 6 kilómetros aproximadamente,

y cercaron el campamento de refugiados denominado "El Chupadero", asentado en el municipio de Trinitaria, Chiapas.

La vigilancia que normalmente se tiene en los campamentos fue burlada en esta ocasión por los militares, quienes lo rodearon a las 2:30 de la mañana e iniciaron el tiroteo contra los refugiados, campesinos e indígenas en su mayoría. Se inició entonces una persecución que culminaría en el ejido Las Delicias, 15 kilómetros de la línea fronteriza.

El saldo: seis muertos, entre ellos una mujer embarazada, la cual fue arrastrada y muerta a tiros en el campamento, y un niño de 2 años que fue torturado, castrado y asesinado. "Al niño Jesús Miguel, el ejército lo atrapó en el campamento, le bajaron los pantalones y le quitaron los testículos, después le dieron un machetazo en la cabeza" (Proceso, mayo-84. p.15).

Se dice que cinco horas permanecieron los soldados chapines en el lugar; destruyeron bodegas donde se almacenaban los alimentos, se llevaron radios, ropa y otros objetos de sus paisanos, incendiaron chozas, inclusive algunos inmigrantes fueron secuestrados y llevados de forma inmisericorde a Guatemala. Además, varias pertenencias de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) desaparecieron o quedaron deshechas ante la mirada complaciente de los "pintos".

Cabe resaltar que la voz de alarma se había dado días antes de la matanza. A principios de abril, diversos medios de información mexicanos

advertían de los preparativos militares que sigilosamente llevaban a cabo los Kaibiles (tropas especiales de contrainsurgencia guatemalteca) con el fin de asestar a sus vecinos del norte y a los refugiados centroamericanos del campamento "El Chupadero" una sangrienta agresión.

Por un lado, se pretendía forzar el regreso a Guatemala de toda una comunidad de campesinos en una maniobra de pinza y cerco típico del arrasamiento de aldeas practicada masivamente en aquel país desde 1981. Por otra parte, la faena militar tenía la misión de destruir el asentamiento modelo, orgullo de la COMAR y del Alto Comisionado de las Naciones Unidas (ACNUR).

Ya que a lo largo de más de un año periodistas de todo el mundo, funcionarios internacionales, miembros importantes del Congreso de Estados Unidos, parlamentarios europeos y personalidades políticas y religiosas habían visitado este campamento y daban cuenta del cuidado y la atención que el gobierno de México dispensaba generoso al lugar.

INCURSIONES DE LOS KAIBILES

Durante 1981 y principios de 1982 nacieron los primeros campamentos en territorio mexicano. Centenares de guatemaltecos se internaron en nuestro país y fundaron "Las Hamacas" y "La Sombra". Hombres y mujeres que huían de la política represiva implantada por la administración militar del general Ríos Montt (1982-1984).

Sin embargo, los militares chapines persiguieron a sus connacionales hasta la línea fronteriza donde merodeaban día, tarde y noche. Hasta ese momento no atacaban, sólo vigilaban y estaban a la perspectiva. Se especulaba y se rumoraba de posibles ataques a estos asentamientos. Diferentes medios de comunicación de todo el mundo advertían de maniobras tácticas al respecto.

Y en efecto, diversas agencias difundieron a la prensa un boletín en el que se refería a la construcción de un complejo industrial militar en Guatemala con capital y tecnología de Estados Unidos e Israel. En este comunicado se señalaba la integración de una fuerza militar de 15 mil hombres llamados Kaibiles, encargados de llevar a cabo una intensa campaña contrainsurgente. En ésta, de acuerdo con el documento, se establecía una serie de acciones denominadas "Plan de San Marcos", las cuales contemplaban bombardeos por tierra y aire a las zonas guerrilleras y ataques a los campamentos de refugiados en México.

Así, este grupo armado comienza a operar en su propio país asesinando y torturando a posibles sospechosos, que en general eran todos los que se hacían llamar campesinos e indígenas.

Se habla de hombres adiestrados para matar sin consideración alguna; de individuos capaces de llevar a cabo masacres colectivas sin miramiento de ninguna especie; de aplicar las peores torturas en un ser humano. En suma, de sicópatas que al igual que ahorcaban, decapitaban y mutilaban con sumo placer.

Basta un ejemplo para manifestar toda aquella barbarie en contra de una

población aterrorizada e indefensa. En San Rafael Independencia -departamento de Guatemala- los también llamados "pintos" aplicaron el garrote vil, que consiste en correr un lazo sobre el cuello que aprisiona un madero tras la nuca, la que se rompe junto con la vida, cuando se empieza a dar vueltas al torniquete.

Además, de las ramas de los árboles pendían en todo momento cuerpos humanos, primero agitados y convulsos y luego quietos, crispados, largos y descoyunturados. Muchas veces el cuerpo, aún con vida era sometido al fuego o al descuartizamiento.

Y todavía más, el fusilamiento estaba a la orden del día; las mujeres violadas eran asesinadas con un puñal en el pecho; los niños azotados contra las rocas; ancianos desollados vivos, mutilados de los genitales, arrastrados o quemados. En suma, un caudal de atrocidades que los Kaibiles degustaban con sus hermanos de raza, que los exponían con un carácter siniestramente exhibicionista, como ejemplo para los demás.

Así, estos "Escuadrones de la muerte" sembraron el terror por doquier. Sólo faltaba una cosa por hacer: exterminar a todos aquellos que huyeron hacia el sureste mexicano o en su defecto repatriarlos a como diera lugar. Se canalizaban los últimos detalles, se vigilaba la frontera, se realizaban inspecciones aéreas relámpago y...

Según la revista Proceso (mayo-84, p.16), el 6 de enero de 1984 un avión guatemalteco bombardeó campamentos que se encuentran ubicados en la selva

Las Margaritas.

Además, los asentamientos afectados por las bombas fueron Nuevo Huistán, Flor de Café, Montecristo y Plan de Río Azul... el avión guatemalteco violó 20 kilómetros del espacio aéreo mexicano.

Así, día tras día las incursiones por tierra y aire se sucedían una tras otra ante la actitud indiferente del gobierno mexicano.

El 2 de febrero de ese mismo año volvieron a incursionar en nuestro país y detonaron granadas en cuatro campamentos, hubo algunos heridos. Posteriormente regresaron y secuestraron a infantes refugiados, los asesinaron en su país y arrojaron los cuerpos en territorio mexicano. El 19 de marzo en una acción relámpago penetraron en la comunidad de Amparo Aguatinta, capturaron a varios guatemaltecos asentados ahí, días después éstos fueron hallados muertos a orillas del Lacantún; todos ellos presentaban mutilaciones y huellas de tortura.

De esta forma se estaba creando una política agresiva y de provocación que invitaba a México a militarizar la frontera. Esta, recorrida diariamente por los "Escuadrones de la muerte", quienes, incluso, para continuar con el hostigamiento, realizaban quema de montes en la línea divisoria. El 25 de marzo de 1984 las tierras de Las Delicias ardieron. El fuego provenía del lado de Guatemala.

El 18 de abril, previo al ataque a El Chupadero, otro helicóptero sobrevoló el campamento Puerto Rico y dejó caer sobre la población cientos de volantes que

decían textualmente, (según Proceso, mayo-84,p.17):

"Compañeros: el EGP -Ejército Guerrillero de los Pobres- nos ha engañado, por eso estamos pasando hambre y penalidad en la montaña. Ya no tengan miedo, los soldados no les harán daño. Vengan a Xacbal para vivir en paz. Aquí tendrán comida, salud y tierras para trabajar. Todos seremos felices".

En la parte inferior del volante venía una foto de un niño acostado en una cama que decía: "Queridos papás estoy bien". Sin embargo, tal promesa sólo era un eufemismo que encubría las criminales intenciones de esta milicia. Objetivos que culminaron en la alevosa masacre en El Chupadero.

Una madrugada de horror promovida por las clases dominantes a los de "abajo". Sólo quedaba la lucha armada, el enfrentamiento bélico. El levantamiento del pueblo en contra de la barbarie suscitada por el Estado, o en su defecto escapar de la violencia de toda aquella represión e impunidad que los asesinaba sin ningún tipo de consideración.

Los sobrevivientes del atentado regresaron para sepultar a sus muertos, recogieron sus pocas pertenencias e iniciaron su traslado al ejido Las Delicias. Los carros de la COMAR, la iglesia Católica, comandada por el obispo Samuel Ruíz, y el hospital de Comitán ayudan a la mudanza. El trayecto fue pesado y patético. Aquellos refugiados manifestaban en sus rostros la sombra del terror, el cansancio de la guerra que los minaba paulatinamente.

Ahí, en su nuevo hogar se hacinaban entre las casuchas y las parcelas unos mil mexicanos, tan miserables como ellos. No había agua, el calor era sofocante, deshidrataba poco a poco, el alimento era pobre. Sin embargo, allí estaban. Una vez más las tablas se levantaban para improvisar nuevas chozas, nuevos hogares. El Chupadero ya no existía, quedaba atrás como un lugar maldito, desolado e inerme.

Estaban ahí, sí, pero hasta cuándo, la incertidumbre los hacía presas en todo momento; el miedo al regreso de los Kaibiles aumentaba día con día. Estos volverían, lo sabían. Porque estaban acostumbrados a violar territorios ajenos, de pisotear los derechos humanos, de matar y torturar sin miramiento alguno.

LAS REACCIONES DE CONDENA

Samuel Ruíz, obispo de San Cristóbal de las Casas, señaló en su momento a varios medios de comunicación nacionales y extranjeros, que esa matanza es "el eslabón último y más grave de una serie de violaciones y agresiones a campamentos de refugiados y poblaciones mexicanas que se han venido dando a lo largo de tres años, primero con Ríos Montt y después con Humberto Mejía Victores, con resultados nefastos para los campesinos inmigrantes".

"Todas las incursiones del ejército chapin -dijo Ruíz-, 68 para ser más exactos, van acompañadas de torturas, secuestros, desapariciones y saqueos" (datos retomados en Enfoprensa 05-94, p.3).

Asimismo, manifestó su preocupación por un gobierno que "asesina a su

pueblo, que viola flagrantemente los derechos humanos y que es capaz de incursionar en otro vecino".

Cuatro días después de la matanza, la Secretaría de Relaciones Exteriores de México externó una enérgica nota de protesta a su homólogo de Guatemala por el asesinato de los refugiados. En la nota de referencia (El Universal Mayo-84, p.15) el gobierno de México hace responsable al gobierno chapin de tal exterminio en nuestro país. Le exige, además, que inicie de inmediato una investigación exhaustiva para identificar a los "criminales y sancionarlos conforme a las leyes aplicables".

En este sentido, las autoridades guatemaltecas se apresuraron a afirmar que la acción fue cometida por grupos guerrilleros o personas subversivas que utilizaron el uniforme militar para provocar un conflicto entre ambos países.

La Secretaría de Gobernación, a cuyo cargo están los campamentos de refugiados, aceptó, en parte, la respuesta. Y una vez más se dejó sentir la "tibieza" de la administración, en aquel tiempo, de Miguel de la Madrid. La responsabilidad atribuida en el texto de protesta al gobierno centroamericano es en cuanto a la "agresión" a seis campesinos. Sin embargo, omite toda alusión a la violación de la soberanía nacional. Además exhorta a aquella nación a mantener estricta vigilancia sobre su frontera.

Una fuente diplomática mexicana explicó que las autoridades chapinas deben evitar "que fuerzas armadas, sean militares, paramilitares o disfrazadas,

crucen la frontera".

Así, tal diplomacia, por parte de México sólo representaba mero trámite que habría que dar a conocer a la nación infractora. Unas cuantas palabras "fuertes", esperar respuesta y sacar conclusiones. Estas, por lo general, condonaban y archivaban el asunto.

Por ejemplo, en anteriores oportunidades el gobierno mexicano había enviado notas diplomáticas al gobierno sureño para "exigir" satisfacciones por sendas incursiones de soldados de aquel país en territorio nacional o hechos de sangre relacionados con el tema de los refugiados.

El 20 de septiembre de 1982 -publicó Proceso mayo-84, p.14.15- el canciller Jorge Castañeda envió una nota a su homólogo guatemalteco, Eduardo Castillo, en la que recordaba la omisión del gobierno guatemalteco ante el requerimiento de una investigación por el asesinato de tres mexicanos. Además, señalaba otras acciones: el ataque con armas de fuego contra la brigada de la Sección Mexicana de la Comisión Internacional de Límites y Aguas, el 2 de agosto de 1982; la muerte de dos ejidatarios de Chiapas y un guatemalteco, el 31 de agosto siguiente.

Además, ante la ola de incursiones militares centroamericanas se enviaron múltiples cartas de protesta y esclarecimiento de hechos. Sin embargo, la respuesta fue nula y violaciones sistemáticas siguieron su curso, inclusive con más sadismo, sobre todo en Chiapas. Esta entidad, según siempre se ha dicho,

perteneció en algún momento a Guatemala. Por lo tanto, ciertos grupos políticos y económicos del vecino país del sur alentaban, por medio de la violencia, la recuperación del Estado.

En suma, organismos internacionales, como Amnistía Internacional, la ONU y ACNUR; grupos políticos, sobre todo mexicanos; funcionarios importantes latinoamericanos y europeos, periodistas de todo el mundo; personalidades religiosas, como Juan Pablo II; líderes mundiales, asociaciones de derechos humanos, entre otros, se sumaron a la condena general e hicieron un urgente llamado a favor de los refugiados. Coincidieron en prestar ayuda a éstos y devolverlos a su patria, pero garantizando su libertad y un nivel de vida que les permitiera vivir con dignidad y paz.

A pesar de ello, el obispo de San Cristóbal de las Casas, Samuel Ruíz, criticó la falta de decisión de la Organización de las Naciones Unidas para intervenir rápidamente contra la represión ejercida por el gobierno guatemalteco contra su propio pueblo. Advirtió, según Unomásuno (mayo-84, p.1): "La ONU no sirve para nada si no establece mecanismos que sancionen estos actos, pues no basta que todo quede en una disculpa diplomática o en la negación de responsabilidad como ha ocurrido en el pasado con el gobierno chapín".

Así las cosas, la matanza en El Chupadero no fue un hecho aislado. Antes y después de éste se dieron actos criminales contra inmigrantes centroamericanos e incluso mexicanos. En distintos puntos fronterizos los "Escuadrones de la muerte" y patrullas civiles realizaban día y noche múltiples incursiones, entraban

como "Pedro por su casa" y arrasaban con todo lo que hallaban a su paso. Torturas, secuestros, desapariciones, saqueos iban de la mano, para finalmente matar.

A esto, se suma la insensibilidad o displicencia del gobierno mexicano, quien inclusive, repatrió forzosamente a miles de guatemaltecos con la consigna de que constituían una real amenaza para la seguridad nacional. Además, después del 30 de abril, se estableció en Chiapas un cordón formado por 22 retenes de agentes migratorios de nuestro país, para mantener en una franja de 20 kilómetros de ancho, en los casi mil kilómetros de la frontera con Guatemala, a los más de 60 mil chapines, dispersos en 90 campamentos.

De esta forma, los refugiados quedaban sin la posibilidad de avanzar hacia el interior del estado y, por ende, permanecieron en aquella "tierra de nadie" donde los "pintos" intensificaban sus ataques sin obstáculos de ninguna especie. Que sin traba alguna y coludidos con mercenarios estadounidenses asesinaban a sus paisanos. Gente humilde y pacífica, campesinos e indígenas, hombres y mujeres, niños y ancianos.

Seres humanos, víctimas de la pobreza y la represión implantada por Ríos Montt, Mejía Victores, Vinicio Cerezo y aún con Elías Serrano. Cada cual con su intolerancia, con su demagogia, con su disfraz de buen gobernante ante el mundo. Cada quien con su barbarismo que puede tipificarse como delito internacional, porque además de la condena moral que implica la supresión de la vida de personas indefensas, se estaba violando la frontera de una nación soberana como

lo es México.

Hoy en día se habla de una paz duradera, de retornos y repatriaciones voluntarias, de garantías individuales. Pero lejos de apreciarse alguna mejoría, la contundencia de los hechos testimonia que los guatemaltecos continúan viviendo en el más horrendo clima de zozobra e inseguridad, porque el terrorismo de Estado permanece intacto y sigue cobrando víctimas en el campo y ciudad.

Hoy en día, a muchos años de distancia, los hechos se repiten con la misma brutalidad. Las buenas intenciones de un mandatario reciente como lo es Alvaro Arzú, se ven aplastadas por un Ejército que continúa siendo la institución que posee todo el poder. Poder que bombardea poblaciones civiles, en su mismo territorio, que lleva a cabo infinidad de ejecuciones extrajudiciales, secuestros y tortura.

"No ha sido el país de la eterna primavera, sino el país de la eterna tiranía. Un pueblo golpeado, silencioso y verídico. Un pueblo que no canta", define Luis Cardoza y Aragón.

CAPÍTULO 5.

LOS ZAPATISTAS

11 de enero de 1994. plaza de San Cristóbal de las Casas. Chiapas. una multitud de turistas, periodistas y curiosos se aglomeran en torno a un hombre vestido todo de negro. Su rostro está cubierto por un pasamontañas, porta una ametralladora Uzi y habla con soltura,

Es el legendario Subcomandante "Marcos", quien dice "Nos hemos estado preparando en la montaña hace doce años; no somos un movimiento improvisado". Con esta palabras indicaba el tiempo que la guerrilla zapatista necesitó para prepararse militar e ideológicamente en los recónditos parajes de la selva Lacandona.

Un día después, el dos de enero, la noticia del levantamiento armado en Chiapas, recorría el mundo. La incredulidad y el asombro inmovilizó a las autoridades mexicanas durante las primeras horas del conflicto.

Los análisis posteriores mostraron la capacidad del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) para mantenerse en la clandestinidad durante diez años adiestrándose militarmente, sin que los servicios de inteligencia logaran detectarlos.

Sin embargo, la opinión pública conocía los sucesos ocurridos un año antes donde se hablaba ya de una guerrilla en Chiapas.

El 20 de marzo de 1993 aparecieron calcinados en un paraje denominado San Isidro el Ocotál los cuerpos de dos soldados pertenecientes a la XXXI región militar cercana a la ciudad de San Cristóbal.

Inmediatamente se dieron las primeras investigaciones por parte del personal destacado en la zona. Durante los días 22, 23 y 24 de mayo se "peinó" la zona con un contingente impresionante de soldados.

En esas movilizaciones se encontró un campamento de adiestramiento en la Sierra Corralchen ubicado entre los municipios de Ocosingo y Altamirano. Sin embargo, el hallazgo tuvo fatales consecuencias. Hubo un enfrentamiento entre los custodios del campamento y los militares, el resultado, dos soldados muertos y dos más heridos.

Por el bando contrario falleció un miembro del todavía desconocido EZLN. Podríamos considerar que este fue el primer enfrentamiento formal entre el Ejército mexicano y el EZLN. Las autoridades negaron en ese entonces cualquier asociación con la guerrilla y desmintieron las versiones periodísticas de grupos subversivos en la selva Lacandona.

Otra sería la versión de la historia y la opinión pública. En una entrevista concedida a los reporteros de la revista Proceso, el primero de enero de 1994 en plena toma de San Cristóbal, Marcos se refirió al enfrentamiento de Corralchen como accidental: "Nos encontramos, les hicimos dos bajas, nos hirieron a un

compañero y a otro lo mataron. Buscamos romper el cerco y lo logramos",

En esa ocasión Marcos aseguró que la maniobra del ejército tuvo problemas, "se cruzaron, hubo choque entre ellos. Doce cuerpos fueron sacados en bolsas. Peleaban con un fantasma pues nosotros estábamos en retirada".

Los escarceos bélicos durante 1993 tocaron un campana de alerta en los medios de comunicación. Pero las declaraciones del entonces secretario de Gobernación y gobernador de Chiapas con licencia, Patrocinio González Garrido, echaron por tierra cualquier intento por asumir una situación real de lo que ocurría en la selva Lacandona.

"En Chiapas no hay guerrilla" proclamaba el flamante Secretario de Gobernación, el encargado directo de la seguridad nacional del país. De lo anterior se deduce que los servicios de inteligencia mexicanos, pecaron por partida doble, omisión y negligencia. Pero los zapatistas estaban allí, siempre estuvieron desde por lo menos diez años. Sus entrenamientos eran furtivos, sigilosos, la espesura e inaccesibilidad geográfica de la selva los protegió de miradas indiscretas.

No obstante su existencia no pasó inadvertida para los habitantes de la zona, ganaderos, terratenientes, población civil no vinculada con ellos y refugiados guatemaltecos.

Don Pedro es un refugiado guatemalteco de hombros anchos, tez morena curtida por el sol tropical. Destaca su prominente vientre, enfundado en una

playera azul sin mangas, calza unas desgastadas botas de hule y unos pantalones color crema que conocieron mejores tiempos. Sobre su cabeza descansa un sombrero de ala ancha.

Su edad oscila entre los cincuenta y sesenta años, el trabajo del campo, el sol y los padecimientos han marcado su rostro. Los cabellos cenizos, la barba entrecana, los dientes frontales superiores le faltan. Una cicatriz rojiza le atraviesa la nariz. En su voz se percibe el cansancio y el sufrimiento, sin embargo, tiene un timbre claro y sereno. Habla mucho, atropelladamente.

"Nosotros los vimos cuando empezaban allá en el monte, no tenían nada, sus rifles eran de una sola repetición; se escuchaban en las noches mientras dormíamos. Al principio pensamos que eran cazadores, otras veces que eran Kaibiles. Para entonces ya tenían mejor armamento. Era muy raro verlos durante el día, se iban lejos a practicar. Nos pusimos nerviosos, no sabíamos lo que buscaban, pensamos que nos iban a echar de aquí".

Don Pedro hace remembranza de los primeros indicios; "Los de muy lejos no se daban cuenta de nada, pero los que estábamos a su lado notábamos cosas raras. Yo estaba en Rizo de Oro muy cerca de aquí. Veía cómo llegaba gente de otros lugares, venían del otro lado de por El Porvenir, allá arriba. Venían en caballos y se quedaban aquí. Por las noches se reunían, nosotros veíamos la luz en las casas pero no salíamos a inquirir qué pasaba".

Don Pedro vive en un campamento para refugiados Poza Riza en el

municipio de Las Margaritas, el más grande de la zona. A su alrededor se localizan 35 campamentos menores donde se encuentran dispersos aproximadamente tres mil refugiados.

La razón de disgregación se remonta a 1982, cuando los refugiados guatemaltecos expulsados violentamente de su territorio, se establecieron a lo largo de los 658 kms de la línea fronteriza entre Chiapas y Guatemala. Ya de por sí sola esta división constituye el 57.8% del total en el sur del país.

El camino a Poza Rica se hace partiendo de Comitán. los primeros kilómetros hasta las lagunas de Montebello son apacibles, la carretera es buena y pasamos los retenes militares. Sin embargo, al desviarnos rumbo a Tziscaco, lago que es compartido por los dos países, la situación cambia.

El paisaje se torna agreste, prevalece todavía la vegetación típica de los bosques altos; pinos, abetos y cipreses. El clima es húmedo, una neblina pegajosa se observa en algunos tramos. Los asentamientos humanos escasean. Apenas dejamos atrás el Tziscaco, el camino se transforma en una terracería serpeteante. Los vehículos con turistas han quedado muy lejos, su osadía no llega a estos parajes.

En algunos recodos tropezamos con jeeps y camiones de transporte militar, es el aviso inminente de la zona en conflicto, no en vano cruzamos un territorio vedado. Surgen las primeras poblaciones mexicanas Cuauhtémoc, San Vicente, Amparo Agua Tinta, Nuevo San Juan Chamula, sabemos que los zapatistas nos

observan.

Amparo Agua Tinta es el nombre de un poblado y una laguna, aquí conviven refugiados guatemaltecos, población mexicana neutral, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, y más recientemente el Ejército mexicano. Un lugar donde las tensiones semejan un volcán a punto de estallar, la ruta a Poza Rica continúa, pero es conveniente detenernos un momento en el lugar para explicar ciertas situaciones.

A finales de 1994, los zapatistas controlaban esta zona, considerada neutral. El cerco del Ejército mexicano aún no se había cerrado. En el lugar existían trece campamentos para refugiados, tres de ellos inmediatos al poblado mexicano.

La COMAR tenía personal junto al ACNUR, para prestar atención a los chapines residentes en los campamentos. Sin embargo, a finales de octubre ocurrió un incidente que no trascendió a la opinión pública. El coordinador de promotores de campo de la COMAR, Antonino García, junto con otro miembro de la institución, fue secuestrado por elementos del EZLN cuando realizaban su visita periódica en los refugios guatemaltecos.

La instrucción era clara, COMAR y ACNUR debían abandonar el área, los refugiados podían permanecer en el lugar, pero quedaba restringido el paso a personal de cualquier institución. A partir de entonces, el EZLN controló los campamentos hasta la llegada del Ejército a finales de ese año.

Amparo Agua Tinta quedó virtualmente olvidada, mientras en otros lugares el temor cundía. Volvamos a nuestro camino, Poza Rica. La carretera de terracería después de pasar Nuevo San Juan Chamula, población mexicana-zapatista, se dirige inevitablemente hasta el río Chixoy o Salinas, frontera con Guatemala, tierra de nadie.

En Nuevo San Juan Chamula hay una desviación que sube a Poza Rica, el más bullicioso campamento de la zona, considerado por los promotores de campo de la COMAR, como una especie de paraíso. Su clima es templado, forma parte de la tierra de transición entre la meseta central a las serranías de la Lacandona.

La provisión de agua se hace a través de los diversos afluentes de los ríos Eusebia y Dolores. Tiene una población refugiada de unos seiscientos guatemaltecos. Se utiliza como base central para las operaciones de abastecimiento de comida por parte del Programa Mundial de Alimentos, de la COMAR, ACNUR, CEAR y diversas ONGs.

Gracias al apoyo de la ACNUR se han creado diversos programas de asistencia, trabajo, salud y producción entre los chapines refugiados. Sin embargo, Poza Rica adolece de un grave problema; se encuentra enclavado en plena zona zapatista.

Caminamos con don Pedro por la ilusoria calle principal de un pueblo campamento, los tendajones se levantan lastimosamente a nuestro alrededor. Vuelven a sonar claras y con un dejo de lamento, las palabras del refugiado:

"Supimos que algo ocultaban los mexicanos de allá arriba, era muy raro lo que hacían, veíamos muchos animales (caballos) ir y venir y luego ya no querían que les ayudáramos en el maíz ni el frijol.

"Un día me fui para más arriba del campamento (Rizo de Oro) porque entonces vivía allí, iba a buscar leña, caminé bastante porque casi toda la hierba era mala, encontré un buen lugar y estuve un buen rato "picando" los árboles. Ya me venía de regreso cuando los vi, eran los mexicanos de Rizo de Oro, llevaban muchos caballos, uno traía un rifle de esos grandes que les llaman "cuernos de chivo", por aquí lo conocemos como la 'tartamuda', luego que los vi, me quedé quieto, pero ellos ya me habían visto, y el del rifle se me acercó, venía montado. me preguntó qué hacía allí y de dónde era, les contesté la verdad, ya para entonces tenía todos los jinetes alrededor de mí. El del rifle era el que los dirigía, me dijo que me fuera al campamento que no comentara nada, que ya después irían para hablar con nosotros".

Don Pedro ríe con estruendo cuando le preguntamos acerca de la vestimenta de los presuntos zapatistas, la carencia de los dientes se hace más visible.

"No, cómo cree, no llevaban ningún uniforme, ni paliacate , eran como todos, sombreros, algunos con botas, otros a puro huarache, yo reconocí a algunos, otros se me parecieron forasteros. Total, les hice caso y me regresé rápido, ya empezaba a oscurecer, esto que le cuento ocurrió hace como cinco años" (1989).

Nos encontramos ahora frente al río que corre al lado del campamento, Don Pedro prosigue su plática, mientras unos niños se arrojan al agua para nadar. Otros refugiados adolescentes pasan en caballo junto a nosotros, un grito, un saludo y se alejan a galope.

"Esa noche no pasó nada, nadie llegó a vernos ni a platicar con nadie, pero como que todos entrábamos en sospechas de que algo ocurría. Recibíamos pocas visitas. A veces venían del ACNUR o de organizaciones que nos ayudan. Nos traían comida, maíz, frijol, azúcar, aceite y carne de esa de lata, pero a nosotros no nos gusta, sabe a animal pasado, se lo vendíamos a los mexicanos de Poza Rica o de Maravilla (Tenejapa), o lo cambiábamos.

Una vez que vinieron los médicos de la COMAR, les dijimos de que algo raro pasaba. Ellos nos escucharon pero no dijeron nada, solo preguntaban por los enfermos, las que esperaban niño y los de más edad. Siempre que venían les decíamos, pero como no sabíamos qué pasaba pues no explicábamos más. Todo siguió igual hasta que ellos (los zapatistas) vinieron a platicar con nosotros". Don Pedro observa el puente que atraviesa el río, es de madera unos campesinos guatemaltecos lo cruzan transportando sacos. Las mujeres cargan unos jarros con agua. El sol está en el cenit y cae a plomo sobre nuestros cuerpos.

"Ocurrió hace como cuatro años (1990), ya para entonces todos los habíamos visto. Durante la noche se reunían allá para la bodega de maíz y luego se metían entre el monte. Se escuchaban los disparos de sus rifles, querían hacernos creer que iban a cazar tepezcuintle o cochito pero ya no se podía más.

"Un día le dijeron a José, uno de nuestros compañeros, que por la tarde venían a vernos. Nos reunimos los jefes de familia y los esperamos en la escuela. Cuando llegaron nos explicaron que ellos se estaban organizando para defenderse de los ganaderos y caciques que por mucho tiempo les habían robado sus tierras y que eso no era bueno.

"También dijeron que sólo se cuidaban para que no les robaran sus animales y sus cosechas que por eso salían de noche para cuidar sus casas. Contra nosotros no tenían nada.

"El que encabezaba al grupo -eran cinco- ya lo conocíamos, casi a todos ya los habíamos visto y sabíamos sus nombres. Les dijimos que queríamos volver a trabajar en el maíz y frijol y aceptaron. Nunca nos enteramos que iban a levantarse en armas contra el gobierno".

Los zapatistas encubrieron sus actividades bajo el manto de una organización de autodefensa, los refugiados a su vez cumplieron la palabra empeñada y pronto descubrieron que podían ser más útiles en otros aspectos.

Cuando el primero de enero de 1994 estalló la revuelta en Chiapas, el gobierno acusó a los insurrectos de "profesionales de la violencia", En un detallado informe dado a conocer por la Secretaría de Gobernación la noche del viernes 7 de enero, se decía que en el movimiento participaban extranjeros con evidente capacitación paramilitar.

Las anteriores declaraciones convergieron naturalmente hacia las guerrillas centroamericanas, en especial la guatemalteca dada la cercanía de ese país con Chiapas. Sin embargo, la cúpula militar de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), desmintió categóricamente cualquier vinculación de su organización con los sucesos de Chiapas.

De igual forma, otros grupos como el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) y el Frente Sandinista (FSLN) descartaron algún tipo de ayuda a sus colegas de armas en Chiapas. Para muchos analistas, el alejamiento de los movimientos guerrilleros centroamericanos para con los zapatistas era muy claro. Por años México se convirtió en una suerte de mediador, a tal grado que la guerrilla centroamericana se ha mantenido desde entonces fiel a esa política del gobierno mexicano.

Jorge G. Castañeda, estudioso de los fenómenos políticos latinoamericanos, expresó en una primera entrevista a la revista Proceso, su total convencimiento de que el EZLN "es una organización mexicana", aunque no descartó la posibilidad de que "exista algún extranjero o mexicanos que participaron en las guerrillas centroamericanas y ahora regresan al país".

De igual forma el ex ministro de la Defensa Guatemalteca y experto en una lucha antisubversiva, general Héctor Alejandro Gramajo, entrevistado por la misma revista, afirmó que tal vez en la dirigencia del EZLN no había guerrilleros guatemaltecos, pero a nivel raso era muy probable. La experiencia del general nunca dejó de darle la razón.

María Pascual Matías es una refugiada de 26 años, vive en Poza Rica desde hace diez. Su vida la refleja en su rostro marchito, algunas arrugas surcan prematuramente su rostro, pero la voz tiene aún los matices de una joven.

"Yo tenía ya a mi hijo; un día hace cinco años fui a ver a un tío que vivía allá en Rizo de Oro, cuando llegué no lo encontré, me dijeron que estaba en la milpa de los Mexicanos. Fui a buscarlo allí. Estaba con don Eufrosino, el dueño del ranchito, cuando lo vi me dijo que regresara a su casa, que allá me alcanzaba, pero antes de venirme alcancé a ver unas metralletas, como las que usaba allá en Guatemala, cuando pertenecía a la guerrilla.

"Luego que llegó le dije que no se andara metiendo en problemas. ¿Para qué? Si precisamente por pertenecer a la guerrilla nos habían quitado nuestras tierras, aquí estábamos bien, no había necesidad de buscarse problemas con las autoridades. Él me dijo que no me preocupara que sólo les estaba enseñando a los Mexicanos cómo manejar las armas para defenderse y algunos movimientos para caminar de noche, a cambio le daban maíz y algunos animales.

"Eso era lo que me decía, pero cuando se armaron los balazos, me enteré de que mi tío andaba con ellos. Hasta la fecha no ha regresado con nosotros, una vez lo vi pero de lejos, andaba montado y vestía como ellos. Me saludó y se fue para el monte. Dicen que detrás del cerro está su campamento, yo creo que un día lo van a matar".

CAPÍTULO 6.

CIRCULO VICIOSO

Muy pocos trabajan y tratan de llevar una vida digna. Sin embargo, algunos se prostituyen, otros más drogan sus cuerpos. Y muchos -quizás la mayoría- se alcoholizan excesivamente, sin ningún recato. Ya borrachos golpean a la esposa y abusan sexualmente de ella. También maltratan al hijo y a quien se deje. Vicio tras vicio el guatemalteco pasa su vida, mancha ese nombre que al principio de su llegada al sureste mexicano no era más que sinónimo de represión, de violencia sistematizada.

En efecto, son vicios que se ven en casi todos los campamentos asentados en Chiapas. Vicios que generan más vicios, como la delincuencia y el homicidio, ya que a veces, en estado etílico roban y matan por un pedazo de pan. Sobre todo el aguardiente, se vislumbra en cada casa, en cada choza, en cada esquina. Como si fuese algo normal. Forma parte de la cotidianidad del paisaje habitual. El tiner, en menor escala, también aparece en el escenario, se olfatea en las calles, en el ambiente.

Sin pudor alguno, se muestran tal como son. Uno y otro destruyen sin misericordia, desgastan los cuerpos. Hombres de 20 ó 25 años de edad denotan rostros viejos y ajados. Cronológicamente jóvenes, físicamente ancianos. Muchos dicen que a falta de pan, pues un buen trago. Y si no hay trabajo "qué más da prostituirse". Pobreza endémica, miseria del hermano centroamericano.

ENTRE LA CHICHA Y EL AGUARDIENTE

El son guatemalteco, acentuado y monótono, musita su ritmo sobre la indigencia y el desamparo del inmigrante chapin. Música que recuerda a su patria, morena y mágica. Apenas perceptible en el cuerpo de América. La primitiva marimba de tecomates desde su llegada al campamento "Poza Rica" -municipio Las Margaritas, Chiapas- no ha dejado de tocar. Canta incesantemente, quizás para recordar. Quizás para olvidar.

Parece un llamado a la reunión, ya que los guatemaltecos se congregan en las esquinas o en la cantina, y beben "pox" o aguardiente de caña de azúcar. También "chicha" que es una bebida fermentada, la cual se obtiene del maíz y de frutas silvestres. Con ello surge el humo del tabaco. Muchos hablan de mitigar penas y sufrimientos que les ha dejado la guerra, para olvidar tanta violencia y persecución.

Oprimidos y subordinados, se embriagan todos los días. Como un ritual gastan el poco dinero que les deja el largo jornal en los extenuantes campos agrícolas; también el que obtienen al vender cestería y textiles. Algunos piden prestado, y otros simplemente van a la "gorra". Siempre habrá un piadoso que comparta una copa. Hombres y mujeres en la borrachera cotidiana, en el beber diario. Como el maíz o las estaciones, viven sometidos a la rutina del aguardiente. Alguna vez pulque, alguna vez cerveza. Pero el "pox" gusta del paladar chapin, quizás por ser el más barato.

Alcoholismo o válvula de escape son dos acepciones que el visitante

murmura al verlos libando sin moderación. A lo mejor con ello sólo ahuyentan el hambre que carcome sus estómagos, "a falta de pan, pos' un buen trago", coincide la gran mayoría. "Pos' pa' quitar el miedo y la tragazón" -señala Pedro Antonio-. "hay que beber pa' que los corazones estén contentos y no tengan su odio a naiden", dicen algunas mujeres. "Echamos trago pa' que el alma de nuestros difuntitos descansa en paz", finaliza Melquiades.

A pesar de la música, la embriaguez de estos hombres pocas veces alcanza la dicha y la canción. Casi no hay risas ni comentarios. Son reservados, retraídos. Todos en su mudez y como ausentes. El ambiente se torna aún más patético cuando afloran las lágrimas en cada uno de ellos. Llanto en demasía, que denota toda esa rabia e impotencia que durante años han albergado.

Cuando el aguardiente ha invadido todo su ser, el guatemalteco se desinhibe y el rencor despierta a la menor oportunidad, se crece y se revela con furia, comienzan las maldiciones y los vituperios hacia quienes los han denigrado. Hacia aquellos que sin la menor indulgencia han empleado las peores torturas en su contra. Entonces se asoma la violencia y pelean entre ellos mismos, insultos, golpes y machetes salen a relucir. Como queriendo ver en cada paisano el dictador, el represor, al militar, y al kaibil. El niño despavorido presencia aquellas escenas, después ya no le extrañan, integran parte de su vida. Una vida sin esperanza.

El chapin aún sufre la Conquista; padece la sujeción colonial, siente las tiranías. Esas, que todavía sobrevuelan en el campamento. Este, al caer la tarde,

se torna patético ante la infinita embriaguez del refugiado. Cantidad de borrachos tirados al borde de las calles polvorientas, boca arriba, como muertos. Otros más intentan sostenerse en pie, se tambalean peligrosamente. Están a punto de caer. Súbitamente llega la noche con su bóveda refulgente. Mañana será otro día, otro amanecer en "Poza Rica". La marimba seguirá tocando el son o tal vez un Pasillo o quizás un Vals. Un Vals con sabor a poema, el de José Martí "La niña de Guatemala, la que se murió de amor... dicen que murió de frío, yo sé que murió de amor...".

ABUSO SEXUAL Y PROSTITUCION

"Nunca vas a saber lo que piensan los refugiados, son listos y mañosos. Callados a la vez, si no te cuidas te chingan. Más cuando están bien briagos. Desde un principio nos dimos cuenta que siempre que nos bañábamos en el río, algunos tipos ya rucos, se hacían pendejos y se paseaban muy cerca de nosotras. Nos espiaban con deajo de lujuria", dice Patricia Villanueva, pasante de la carrera de Comunicación.

Esta universitaria se trasladó junto con otros profesionistas a la selva chiapaneca, durante los primeros días de marzo de 1994. Iban contratados por la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR), para trabajar como promotores de campo entre los refugiados guatemaltecos asentados en la frontera sur. La llegada de este grupo correspondía a las directrices de la nueva política del entonces recién elegido coordinador general de la Comisión, Carlos Vejar Ramos, de trasladar las oficinas centrales de esa institución, de la ciudad de México, a

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Cabe mencionar que por aquella época el levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional estaba en un momento crítico, por lo que campeaba un estado de intranquilidad e ilegalidad. Había que cuidarse de todo y de todos. Trastornos y hostilidades estaban a la orden del día. Sin embargo, Patricia arribó, aunque con cierto miedo. "Llegamos directamente a Comitán donde nos alojamos en la casa Comar. Allí nos aprovisionamos de lo más necesario: botas para el lodo como las que usan los jardineros y carniceros, mosquiteros y algo de ropa *ad hoc*".

Aclimatarse al lugar era lo primero -dice-, después entablar cierta amistad con los refugiados para así poder trabajar sin ningún problema. Misión casi imposible pues éstos son muy recelosos, y tienen porqué.

Mantener la relación directa entre COMAR, ACNUR y las distintas ONG's que abundaban en la zona constituía parte del trabajo de Patricia. Esta, al principio fue asignada a los campamentos de Amparo Agua Tinta Yalcastán y Amparo Agua Tinta Buena Vista. Posteriormente se le envió a Poza Rica.

"Al principio es canijo, no estábamos acostumbrados al clima, a la comida ni a dormir con los pinches insectos encima. Zumban que zumban. Sin embargo, aprendimos, y mucho. Poco a poco agarramos el hilo tanto del clima como de los guatemaltecos".

Las Margaritas es una extraña tierra donde se combina la exuberante vegetación de la Cañada (la selva), la extraña neblina y sol con el inmenso río. Todo un paraíso. Sin embargo, éste contrasta enormemente con el campamento Poza Rica: los niños diciendo adiós al futuro; los hombres emborrachándose todos los días o transportando leña en improvisados y temerarios autos-carreta y las mujeres siguiendo a su hombre silenciosamente, con la frente gacha por el peso de las varas. Miseria y olvido. Todo es tan cercano y tan lejano a la vez.

"Pues si -dice Patricia con un dejo de tristeza-, el paraíso por un lado y el infierno por otro. Pinches compas están bien jodidos, incluso sus dizque líderes los chingan aún más ya que cuando el ACNUR o el PMA (Programa Mundial de Alimentos) les manda comida, estos oportunistas la contrabandean en la frontera y el maíz o el frijol destinados para el campamento, los ves luego en territorio guatemalteco".

En este sentido, el 17 de diciembre de 1996, La Jornada publicó una nota que avala lo anterior. Según el diario, grandes cantidades de harina subsidiadas por el gobierno mexicano y cuyo destino serían las zonas marginadas de Chiapas pasan ilegalmente a Guatemala. Son camiones -se dice- con el logotipo del DIF que descargan el producto en la orilla del río Suchiate: son toneladas.

Además, asegura Francisco Marañón, corresponsal del periódico citado en la frontera México-Guatemala, -dicho ilícito es observado con indiferencia por agentes del Instituto Nacional de Migración y de las policías Fiscal, Judicial del estado, Judicial Federal y de Seguridad Pública destacamentadas en el sureste

mexicano, quienes permiten esto previo a la correspondiente "mordida".

En tanto, el secretario municipal de Suchiate, Marco Espinal Bravo, aseguró al diario que "no se puede dejar de lado que aquí es un paso obligado hasta de drogas; una parte de esos cargamentos pasa por la zona del río Suchiate a pesar de la presencia de autoridades de Migración, Armada de México y del Ejército. Sigue habiendo delincuencia, es una realidad".

Delincuencia que afectó, incluso, a Patricia, pues durante su estancia en Poza Rica dos refugiados intentaron violarla junto con otra compañera. "Eran dos hijos de puta que eran delincuentes, pero como tenían su identificación de refugiados, andaban sueltos como si nada. En serio, tú los veías y decías pobres cuates, se ven tan indefensos, tan desprotegidos. Pero ¡ni madres! era todo lo contrario, unos 'pájaros de cuenta'".

En el campamento, la pasante de Comunicación laboraba con dos amigos más, pero en esa ocasión éstos se habían trasladado a Comitán a traer unos costales de maíz. Circunstancia que aprovecharon los malhechores para irrumpir violentamente en la casa Comar y tratar de abusar sexualmente de Patricia y de otra muchacha. "Era de noche, ya nos habíamos acostado cuando repentinamente cayó la puerta y entraron esos güeyes. En un dos por tres estaban junto a nosotras, nos empezaron a manosear y a tratar de encuerar, forcejamos a más no poder, estaban fuertes los ojetes.

"Verdad de Dios que estaban a punto de lograr su cometido, pero no sé de

donde saqué fuerzas y al que me tocó a mi le di un santo madrazo en los huevos que me soltó. Ayudé a mi compañera y salimos corriendo. Afortunadamente algunos compas escucharon el alboroto y ya venían en nuestra ayuda, pero no pudieron agarrar a esos hijos de la chingada".

Según versiones de los demás refugiados, aquellos hombres habían violado a mujeres guatemaltecas y mexicanas de la zona. Además eran criminales, y junto con otros realizaban todo tipo de fechorías sin que autoridad alguna hiciera algo al respecto.

Definitivamente impunidad tras impunidad, un verdadero círculo vicioso. Un círculo vicioso que no termina aquí ya que está el caso de la prostitución.

Esta se ejerce, sobre todo en Poza Rica, como un medio para obtener ciertos recursos y poder sobrevivir. Mujeres guatemaltecas venden sus cuerpos por unas cuantas monedas o un saco de maíz. Generalmente realizan tal intercambio con todo tipo de vicisitudes. Se ofrecen como guías al principio para después insinuar el comercio sexual.

Miguel N, que por motivos de prestigio prefirió el anonimato, coincide con lo anterior. Este hombre desempeñó un puesto clave en la estructura de la COMAR durante 1994-1995. En julio de 1994 visitó el campamento Poza Rica acompañado de un funcionario extranjero y una mexicana, ambos pertenecían al proyecto Van Leer de educación a niños.

Después de visitar las escuelas y platicar con los profesores, Miguel caminó por la ribera del río "me encontraba observando el agua, cuando de improvisto surgió entre la vegetación una guatemalteca, aunque no lo parecía, pues era rubia y de ojos claros. A leguas se veía que tenía ascendencia española. A pesar de los harapos que cargaba, se notaba un cuerpo bien formado".

Después de las presentaciones -añade- y de una plática trivial, aquella mujer "se ofreció a enseñarme el campamento y yo acepté. Mientras caminábamos me preguntó si traía dinero, 'puedo hacerte feliz si tú quieres', me dijo. Me negué rotundamente y por caridad le di unas cuantas monedas".

Así las cosas, Poza Rica es hoy un campamento sombrío, inundado de toda una maraña de vicios e impunidades. Un verdadero círculo vicioso que transmuta a un círculo cerrado, del cual casi nunca pueden salir los desafortunados de la vida, los desposeídos de siempre, los marginados históricos. "Ahí les toco vivir", diría Cristina Pacheco.

CAPÍTULO 7

DESAVENENCIAS.

"¿QUIERES TRABAJAR EN MI TIERRA? TECHO Y COMIDA A CAMBIO". Dicha frase lapidaria se encuentra garabateada sobre un viejo madero a la entrada de un ranchito mexicano en el municipio de Las Margaritas, a escasos metros de la frontera con Guatemala. Los destinatarios son, sin duda, los refugiados guatemaltecos que viven en los campamentos de la COMAR muy cerca, cuando no dentro, de las comunidades mexicanas.

Todavía a finales de 1993, avisos semejantes se encontraban fácilmente a lo largo de la franja fronteriza. El levantamiento armado del EZLN durante el primer día de 1994 cambió la situación temporalmente, pero hacia finales del mismo año los campesinos que no se involucraron con los zapatistas requirieron nuevamente la mano de obra barata de los chapines.

La explotación se lleva a cabo de manera inmisericorde ante la necesidad de los guatemaltecos por procurarse sustento. Sin embargo, esta práctica en realidad no es reciente, su historia comienza con la llegada de los refugiados en la década de los 80's. El encuentro entre mexicanos y chapines tuvo lugar en una región selvática, en otro tiempo considerada un paraíso, pero que ahora con la presencia del ser humano transforma en un lugar de lucha y supervivencia.

La zona donde llegaron los refugiados guatemaltecos hace más de una década comprenden los municipios chiapanecos de Amatenango de la Frontera,

Frontera Comalapa, La Trinidad, La Independencia, Las Margaritas y Ocosingo. Los tres últimos abarcan parte de la selva Lacandona, zona de sueños y pesadillas, La historia moderna de esta parte del territorio mexicano arranca a fines del siglo pasado.

Para 1895, las diversas compañías madereras que venían explotando el llamado "oro verde" iniciaron un verdadero "boom" de la madera celebrando contratos de arrendamiento con el gobierno federal. Habían pasado ya las décadas de inestabilidad legal y ante ellas se extendía un horizonte como jamás antes lo habían tenido.

Por primera vez se instalaron en grande las monterías, sitios escogidos junto a los grandes ríos para seleccionar, tirar y preparar los grandes trozos de madera preciosa que tenían como destino primero el golfo de México y después los puertos de Londres, Liverpool y Nueva York.

Con las monterías llegaron los capataces, los animales de carga, la rudimentaria herramienta y los trabajadores. Estos en su mayoría eran rudos campesinos enganchados en Tenosique, Tabasco, Comitán y Ocosingo.

A la par que los hombres, las necesidades los acompañaron; mujeres, alcohol y alimentos que no eran propios de la región. También las enfermedades venéreas y la cirrosis hicieron acto de presencia en la selva Lacandona; el primer frente de colonización se había establecido,

En 1902 se implanta la política deslindadora con la que los empresarios pueden explorar, medir, enajenar y fraccionar la selva. Se establecen entonces trece zonas propiedad de particulares que dura hasta 1913, año en que llega la revolución a las monterías,

Hasta ese momento, las monterías eran verdaderos campos de concentración donde los trabajadores permanecían atados a las compañías de por vida. La revuelta trajo como consecuencia que los campesinos regresaran a sus lugares o ante la necesidad prosiguieron en la única actividad que sabían realizar.

Los campos madereros no desaparecieron completamente, pero habían recibido ya un toque de muerte, su agonía se prolongó hasta 1949, año en que el gobierno mexicano decidió prohibir la exportación de madera en rollo, un silencio sepulcral volvió a caer sobre la serranía Lacandona.

Sin embargo, algo habían dejado los colonizadores. Primero, algunos pequeños poblados habitados por los sobrevivientes del auge maderero. Subsistían de la venta precaria de caoba, el chicle que también tuvo su época o a la caza furtiva de especies animales como el cocodrilo.

Conocían relativamente bien el área y fueron ellos junto con los restos de las monterías quienes trazaron los cimientos de los futuros poblados en la selva. No debemos pasar por alto que la mayoría de estos hombres eran nativos mestizos de otros estados de la república, principalmente de Tabasco, eran muy pocos los originarios de la región.

Desde los tiempos de las monterías se construyeron pequeños e incipientes vías de comunicación en medio de la maraña y espesa vegetación. Brechas, rutas pluviales, aeropistas y según se sabe, hasta un trecho de ferrocarril.

Los elementos estaban en juego para una colonización masiva, que no se hizo esperar. Durante cinco años, de 1949 a 1954, la selva vivió una relativa tranquilidad con campesinos desperdigados y unos cuantos centenares de lacandones dispersos entre los caribales.

Ese año de 1954, aprovechando la infraestructura que había, se establecieron las primeras colonias formadas por indígenas tzeltales y choles que venían de Bachajón y Tumbalá, y por rancheros mestizos de Salto de Agua y Palenque.

Así, bajo presiones sociales, el gobierno resuelve declarar apta para la colonización "con fines agrícolas" las zonas que antes eran de las compañías madereras. En 1960, la invasión de tierras se intensificó y los nuevos colonos provenientes de Las Margaritas y Ocosingo se instalaron siguiendo el caudal de los ríos.

Esta última oleada de colonos indígenas que huían de las magras condiciones de trabajo de las haciendas cafetaleras y de sus paupérrimas parcelas que a duras penas daban para los tres alimentos. Nadie se imaginaría que sus hijos lejos de mejorar en los nuevos terrenos, heredarían la cauda de miseria y desolación de sus padres. Fueron ellos los que impulsados por una

expectativa de mejoría, bajaron en 1994 a los llanos para enfrentarse a sus eternos enemigos: los latifundistas y caciques. Treinta años atrás, en aquel año de 1964, pocos se hubieran atrevido a formular un futuro tan poco promisorio.

En 1974, pequeños ganaderos, campesinos y una legión de hombres en busca de tierra, se instalaron definitivamente en la selva Lacandona. De esta época datan numerosos relatos y consejas entre los habitantes de Chiapas sobre el origen de los colonizadores de la selva.

El ingeniero Fernando Ortega, de Comitán, refiere lo siguiente: "Poca gente lo sabe, pero muchos de los habitantes de la selva son presidiarios del norte. Las veces que he viajado a instalar antenas de transmisión, la gente que vive allí me lo dice. El gobierno los dejó en medio de la nada para que murieran. Pero muchos lograron sobrevivir y fundaron pueblos y pequeñas comunidades".

Los informantes del ingeniero son los habitantes más antiguos de Comitán. Según ellos, los pobladores de la selva son narcotraficantes, ex presidiarios y delincuentes del fuero común, asesinos, gavilleros, ladrones. No hay forma de confirmar estas versiones. Sin embargo, fuentes confidenciales de la Procuraduría General de la República (PGR) confirman el hecho de que en la espesura de la serranía Lacandona se siembra marihuana, además de servir como trampolín de enervantes que proceden de Sudamérica.

Volviendo a la situación de los colonos netamente campesinos de la zona, el gobierno mexicano en un intento por recobrar parte de la selva perdida y proteger

lo que restaba, creó en 1978 la reserva de la Biosfera "Montes Azules" con una superficie de 331 mil 200 hectáreas.

Sin embargo, para entonces era ya imposible detener la avalancha de colonos que guiados por la esperanza de un futuro mejor, se habían instalado sobre el último recurso verde de México. En la actualidad existen más de doscientas colonias que comprenden ranchos, ejidos y centros comunales. Nombres como Boca de Chaju, Playón de la Gloria, Pirúl, América Libre, Tierra y Libertad, Flor de Cacao, Emiliano Zapata, Galicia, El Cedro, Flor de Café, Nuevo Montecristo, Guadalupe Miramar, Gallo Giro, Jerusalén, Nuevo Huixtan, Guadalupe Tepeyac, Benito Juárez, El Porvenir y otro sinfín de poblaciones, jalonean los caminos de la selva.

Los ríos Usumacinta, Salinas y Lacantúm se ven ahora concurridos por habitantes, aduaneros, oficiales de migración, nuevos solicitantes de tierra, ingenieros, sociólogos, economistas, biólogos, narcotraficantes, ejército y finalmente en 1981, bajo un manto poco alentador, llegaron las primeras oleadas de refugiados guatemaltecos.

La política de "tierras arrasadas" obligó a estos hombres, en su gran mayoría indígenas, a cruzar el fantasmal límite fronterizo. Felipe Sánchez, actual delegado de la COMAR (Comisión Mexicana de Ayuda para Refugiados) en Quintana Roo, comenta sobre aquellos primeros días. Originario de Comitán, el padre de Felipe tiene un ranchito muy cerca de la frontera con Guatemala. Cuando llegaron las primeras oleadas de refugiados algunas familias fueron hospedadas en su casa. A

muchos ya los conocían por tener tratos al estar tan cerca de la frontera.

"Al principio, creíamos que su situación era temporal -dice-, nunca imaginamos la cantidad de gente que a diario cruzaba el río (Usumacinta) en busca de tierras. Mi padre y yo los instalamos en las tierritas del rancho, pero llegó un momento en que eran demasiados y tuvimos que buscarles otro sitio".

Felipe pidió ayuda a las autoridades de Comitán para auxiliar a las cada vez más numerosas familias. Muchos mexicanos de la zona hicieron lo mismo, un sentimiento de solidaridad se extendió por la comarca durante las primeras semanas.

El gobierno de Miguel de la Madrid, ante la avalancha de gente que huía de Guatemala, decidió crear un órgano gestor de ayuda para refugiados. De esta forma nació la COMAR. Los primeros hombres de campo que trabajaron en ella fueron aquellos que conocían los lugares del conflicto. Felipe Sánchez fue de los primeros en involucrarse con refugiados y con las autoridades del gobierno federal. La tarea no era fácil, la zona estaba en plena selva Lacandona, los accesos eran mediante una avioneta que llegaba de Comitán y las comunicaciones se hacían mediante el radio de onda corta instalado en el rancho de la familia Sánchez.

"Cada día llegaba más gente, creo que no hubiéramos podido atender a toda sin la ayuda de los ranchos vecinos, las autoridades de Comitán y la iglesia de San Cristóbal -sigue diciendo Felipe Sánchez-, venían sin nada, algunos a duras

penas aguantaban el camino y morían inmediatamente. Construimos refugios de madera y lámina cuando bien nos iba, afortunadamente los refugiados eran gente de campo y estaban acostumbrados a las incomodidades propias del lugar.

"El problema más grave -continúa- era la alimentación, al principio nosotros les dábamos de lo que teníamos, pero cuando arribó más gente, no había nada qué darles, igual pasó con todos los mexicanos de la zona. Para sobrevivir, los chapines mataban animales de la selva y buscaban quién les ofreciera un poco de maíz. Las autoridades tardaron mucho en mandarnos algo para darles.

"El otro gran problema fue la salud, sobre todo en los niños, morían de diarrea, fiebre e infecciones de la piel, el botiquín del rancho era pequeño y no alcanzó. Los remedios administrados eran tradicionales, café, quinina y algunas hierbas medicinales, pero aún así la mortandad era mucha.

"Cuando el ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados) vino a vernos, ya había más gente, trajeron medicinas, cobijas, sacos de maíz, frijol y azúcar. Entonces se habló de dónde iban a vivir estas personas y por cuánto tiempo.

"Nosotros les comentamos a las autoridades que en nuestro rancho podían vivir varias familias, pero que no había mucho lugar. Igual pasó con los vecinos. Entonces se presentó otro problema, ¿de qué iban a vivir los guatemaltecos? Podían echarnos la mano en las cosechas de aquí, pero no todos. Los ranchos de allá abajo les ofrecieron trabajo también, otros regresaban a Guatemala y dejaban

a su familia aquí, pensaban encontrar trabajo y mandarles algo".

Sin embargo, a pesar de la buena voluntad de muchos de los pobladores mexicanos de la zona, la cantidad de refugiados rebasaba por mucho las expectativas que se les podían ofrecer.

Para solucionar el problema de la alimentación, entró en funcionamiento el Programa Mundial de Alimentos que a través de la COMAR compraba maíz y frijol a los productores del lugar. Lo que en principio se veía como algo positivo, se transformó en un círculo vicioso.

Por una parte, los refugiados no tenían tierra y vivían cerca de rancherías o comunidades mexicanas que les prestaban un lugar donde acomodarse. Durante el día, los pocos que habían conseguido una colocación para trabajar a destajo en los ranchos mexicanos, ayudaban a producir el maíz que más tarde compraban los organismos internacionales para a su vez dárselos a ellos.

Las autoridades pedían el apoyo de los mexicanos de la zona, pero estos que en principio vieron a los guatemaltecos como hermanos en desventura, ahora los vislumbraban como invasores, temían, y con justa razón, que el gobierno federal les arrebatara parte de sus terrenos adquiridos a tanta costa, para ofrecerles a estos hombres sin tierra.

Fue un proceso donde las autoridades mexicanas se mostraron ambiguas y sin una propuesta concreta. Mientras la mano de obra guatemalteca se ocupó en

los grandes ranchos cafetaleros y en las escasas parcelas mexicanas que pagaban con alimento y techo, la explotación comenzaba y también los roces entre ambas nacionalidades.

"En Chiapas, cada metro de tierra tiene dueño -afirma categórico Felipe Sánchez. El gran problema de Chiapas es la posesión de la tierra. El ACNUR empezó a presionar al gobierno mexicano para que ubicara a los refugiados en campamentos especiales, pero estos campamentos necesariamente se encuentran en territorio mexicano, no todos pensaban como mi familia, veían en los refugiados una forma de enriquecerse".

Finalmente, el ACNUR a través de la COMAR obtuvo por diferentes medios, tierras para instalar provisionalmente campamentos dónde ofrecer mejor infraestructura a los refugiados guatemaltecos.

La presencia de los chapines en territorio chiapaneco modificó el modo de vida en la frontera. Se reactivó la economía local, las pequeñas parcelas mexicanas produjeron un poco más de lo normal, el comercio se intensificó, los servicios crecieron. Del otro lado, los guatemaltecos adquirieron un estatus extraño, a su llegada, la Ley General de Población y su reglamento no tenía registrado ningún rubro referente a refugiados, por lo que su estancia no estaba legalizada.

Pese a esta situación, se les ofreció el pedazo de tierra donde se instalaron los campamentos, los mexicanos del lugar no vieron con buenos ojos la actitud del

gobierno federal. Aunado a la adquisición de tierras, los refugiados fueron objeto de ayuda en materia de alimentos, salud y educación. Los recursos llegaban del gobierno federal, estatal, organizaciones no gubernamentales y católicas. El monto más alto corrió a cargo del ACNUR y del PMA.

Ropa, cobijas, materiales de construcción, medicinas, artículos escolares, maestros, médicos y asistencia social comenzaron a fluir a manos de los guatemaltecos. Muchos mexicanos se preguntaron la conveniencia de ser refugiados en lugar de ser habitantes de un país que no satisfacía sus necesidades básicas pero sí auxiliaba a los extranjeros.

La respuesta no se hizo esperar, los mexicanos exigieron igualdad, pero las autoridades les dieron a entender que eso no era posible, ya que el dinero venía del extranjero y no del gobierno federal. La situación se agravó cuando los lugareños se percataron que muchos servicios que los chapines obtenían, involucraban a los servicios médicos del IMSS, ISSSTE y dependencias estatales.

Las nubes que presagiaban la tormenta se vieron despejadas a raíz del traslado de refugiados a Quintana Roo y Campeche. Sin embargo, en Chiapas quedó el grueso de la población refugiada y los problemas sólo se postergaron.

Evelia X es una refugiada de origen mame, bajita de estatura, cubierta con un huipil multicolor, relata su experiencia en tierras mexicanas: "Cuando cruzamos para acá, toda la tierra tenía dueño, mi esposo conocía a Don Pedro que tenía unos terrenos allí por el río, mi esposo habló con él para ver si nos dejaba unos

días. Don Pedro aceptó a cambio de que lo ayudáramos a trabajar el maíz en su rancho. No nos pagaba nada, aunque sí nos ayudó con maíz, frijol y unos animalitos. Como pudimos, construimos una casita, un señor de "Flor de Cacao" nos regaló unos tablones y clavos, yo misma tejí las hamacas mientras mi marido iba a trabajar las tierras de Don Pedro. Cuando vinieron los de la COMAR, nos cambiamos a El Chupadero, allí los Kaibiles mataron a mi esposo".

Evelia cuenta lo que pasó después: "Nos ubicaron en otro campamento, dijeron que nos iban a mandar a Campeche y Quintana Roo, pero ¿qué iba a hacer allí? Tengo una hija; Rosa, era todo lo que tenía. Me quedé por acá hasta que me llevaron a Poza Rica, allí conocí a Joaquín y nos juntamos. Es igual a Juan, trabaja en las cosechas de maíz de los de Poza Rica y nos da para ir comiendo".

Las desavenencias entre mexicanos y guatemaltecos tienen su origen en la tierra, la infraestructura que se les niega a unos y a los otros se les obsequia, la diferencia de costumbres a pesar de ser vecinos, las rencillas por alimentos, servicios y odios personales.

A continuación habla Patricia Villanueva, funcionaria de campo de la COMAR en Amparo Agua Tinta y más tarde en Poza Rica: "Son unos hijos de la chingada, uno se compadece de ellos porque los considera refugiados, sin patria, pero ya en el campo nos damos cuenta que son mañosos y "güevones". Se puede ver a los hombres echados en su hamaca durante todo el día, comen del maíz, frijol, arroz, azúcar y aceite que les regala el ACNUR y el Programa Mundial de Alimentos sin

mover un dedo para trabajar, algunos sí lo hacen, pero otros prefieren vivir de la caridad pública. El día que por razones de fuerza mayor no les entregamos a tiempo sus dotaciones de alimento, nos reclaman severamente y nos amenazan con denunciarnos por inútiles".

"De igual forma -continúa- las repatriaciones sirven de poco, muchos de los que se van, regresan a los quince días y se meten a los campamentos a escondidas, es más fácil para ellos vivir sin trabajar que forjarse un futuro en su tierra, Guatemala, por eso las comunidades mexicanas de por aquí no los quieren, además que muchos piensan que ayudaron a los zapatistas a levantarse en armas, el gobierno debe tomar una decisión ya".

Para muchos mexicanos, sobre todo los que se mueven en las esferas gubernamentales, el problema de los refugiados es una bomba de tiempo a largo plazo. Pese a las constantes repatriaciones, la densidad de población ha disminuido muy poco y se mantiene en el orden de los diez mil tan sólo en Chiapas.

En parte, las cifras son engañosas porque no hay un censo de población confiable y las pocas veces que se ha intentado realizarlo, hay obstáculos puestos por el burocratismo de COMAR, la poca disposición de los refugiados, y la política del ACNUR para desligarse del problema y cargarlo a cuenta del gobierno federal.

Para nadie es un secreto que los refugiados guatemaltecos se han convertido en un lastre de diez años sin una solución viable a corto plazo. Por eso

el ACNUR insiste tanto en que el gobierno mexicano decida otorgarles la residencia definitiva y que los considere mexicanos. Por supuesto, las autoridades federales se han opuesto terminantemente, saben que de aceptar, la llama de odio entre los residentes mexicanos y los chapines no tardaría en estallar para añadir un problema a los muchos que ya tiene la entidad.

En agosto de 1994, un grupo de campesinos mexicanos emboscó y mató a Hilario Cruz, refugiado guatemalteco del campamento Poza Rica. Según uno de los homicidas, "nos la debía por andarse metiendo con nuestra familia". El asesinado era tío de Rosa Evelia Cruz, niña que habitó el campamento hasta hace poco.

Con sus doce años, Rosa Evelia es consciente del odio entre mexicanos y chapines. "Mi tío era muy enamorado y se fijó en la hermana de uno de los dueños del rancho Ocotral, mi madre le dijo que tuviera cuidado, que las relaciones no eran posibles, pero mi tío era muy enamorado y se lo echaron, así pasa aquí".

Cuando se hizo la denuncia formal, nada se pudo hacer, las autoridades mexicanas nunca hallaron a los culpables a pesar de que eran personas conocidas en la región. Los familiares de la víctima se vieron impotentes a la par que observaban cómo los asesinos paseaban impunemente sin que nadie hiciera algo para castigarlos.

En los problemas de refugiados y guatemaltecos hay buenas razones para pensar que las autoridades del país se "hacen de la vista gorda", permitiendo

abusos en contra de los chapines. El director de planeación de la COMAR durante 1994, Javier Villazón Salem dice: "dentro de unos años, los niños que nacieron en territorio nacional cumplirán su mayoría de edad y podrán reclamar la nacionalidad mexicana. De hecho, si nos atenemos a lo que dice la Constitución en su Artículo 30, inciso A, desde que nacieron en tierras mexicanas ya tienen la nacionalidad asegurada. Pensemos -añade-, la situación en Chiapas es extremadamente difícil, la lucha por tierras crece día con día, ¿qué sucederá cuando los refugiados reclamen sus derechos como ciudadanos de este país? Sin duda, un nuevo conflicto se está gestando".

Quizá, la bomba de tiempo no tarde en estallar, mientras, el gobierno mexicano da una cara ante la comunidad internacional y otra frente a la realidad.

La siguiente conversación tuvo lugar a finales de 1994, en la sede de la Secretaría de Gobernación. Según la fuente, que pidió el anonimato, participaron el entonces subsecretario de Gobernación, doctor José Narro Robles, brazo derecho del ex secretario Jorge Carpizo, el ex coordinador de la COMAR, Carlos Vejar Ramos, y un padre jesuita de quien no tenemos datos.

La plática se llevó a cabo por petición del sacerdote jesuita, la razón: hostigamiento que sufría la población guatemalteca refugiada a mano de los mexicanos del municipio de Las Margaritas. El padre había reunido un fajo de más de cien cartas donde los chapines denunciaban los atropellos cometidos por campesinos y autoridades mexicanas. Escritas toscamente con los mínimos elementos del español, los papeles arrancados a las libretas escolares eran un

testimonio del olvido mexicano a los hermanos en desgracia.

El padre pedía que la COMAR actuara con mayor energía en contra de los abusos y vejaciones, los refugiados le encargaron expresamente, manifestar el malestar de las comunidades en contra del gobierno mexicano. Como prueba esgrimía las cartas y otros documentos firmados por ONG's denunciando diversos hechos. La carpeta quedó en manos del doctor Narro Robles quien le dijo enfáticamente frente al coordinador de la COMAR que se tomarían cartas en el asunto de manera inmediata.

La conversación duró una hora aproximadamente, al final, el jesuita abandonó el despacho privado del doctor Narro con al promesa de una solución pronta a los problemas que lo habían llevado hasta la sede del gobierno. Apenas transcurrieron unos minutos, cuando el hombre de confianza de Jorge Carpizo le dijo al coordinador Carlos Vejar:

- El padre ha venido numerosas ocasiones a quejarse. ¿Qué pasa en los campamentos?

Carlos Vejar respondió que la situación estaba bajo control y que "no pasaba nada".

El doctor Narro aseveró entonces: "No quiero que el padre vuelva a molestar, chíngatelo, Carlos".

Seguramente las palabras del funcionario no estaban muy de acuerdo con la

política de refugio avalado por la Ley General de Población. Una brecha profunda entre mexicanos y guatemaltecos se abría para desconuelo de los primeros.

CAPÍTULO 8.

TIERRA PROMETIDA

He ahí a nuestros hermanos guatemaltecos. Los marginados históricos, los desposeídos de siempre, los vapuleados inmisericordemente. Su llegada fue deprimente: hambrientos, enfermos, casi desnudos y con la esperanza a cuestas. Muchos cruzaron la línea divisoria para morir a sólo unos metros de las mojoneras internacionales; otros construyeron precarios refugios o se integraron a las comunidades mexicanas, quienes brindaron su apoyo y solidaridad. ¡En efecto! hubo roces, desavenencias entre ambos pueblos, así como explotación y maltrato por parte de caciques y terratenientes. Sin embargo, preferían esto y no la carnicería y violencia sistematizada existente en su país.

Hoy, a más de una década de estancia en el sureste mexicano, surgen las preguntas ¿Por qué tanta violencia? ¿Por qué tanta represión, miseria y muerte? Las palabras quedan detenidas, no fluyen, enmudecen ante el recuerdo atroz de aquel racismo que todavía está latente en tierras mayas. Sólo en su mirada se podía adivinar el inmenso dolor y la tristeza que los envolvían. Tuvieron que pasar varios días para que aquellas imágenes desbordaran el deseo de ocultar la violencia y el ultraje de que habían sido objeto.

La memoria tomó por asalto prácticamente todos los espacios, hasta que en una catarsis colectiva expresaron sus pesares de forma tal que quienes les escuchaban no podían hacer otra cosa más que cerrar los puños con la fuerza de la indignación.

¿Qué decir a una madre que vio morir calcinados a sus hijos mientras que su marido era torturado públicamente? ¿Cómo consolar a un padre que sostiene entre los brazos a su única hija sobreviviente mientras recuerda la violación y asesinato de su esposa y demás hijas? ¿Cómo explicarle a una viuda el descuartizamiento de su cónyuge?

Simplemente no hay palabras, no hay consuelo alguno. Sólo basta decir que tal tragedia y dolor se ha transformado en la expresión de la esperanza del retorno, de regresar a su tierra, con su gente. Su presencia en una patria que no es la suya los ha hecho tomar conciencia de su identidad como guatemalteco. Pero ¿Hay garantía para su retorno? ¿Existe la suficiente infraestructura para recibirlos y alojarlos? Todo parece indicar que no. Esa Tierra Prometida, de la cual hace una apología la Comisión Especial de Apoyo de Repatriados (CEAR) de Guatemala, resulta ser un edén falso.

Desde 1986, año en que empezaron los retornos aislados, a la fecha, algunos medios de información guatemaltecos y mexicanos manifestaron tales condiciones de inseguridad, de violación a los derechos humanos y al Derecho Internacional humanitario. Mencionaron asimismo, que aquellos modelos de represión aún en nuestros días siguen vigentes. Es más, según se sabe, se dice y se lee, los sucesivos gobiernos chapines -incluido el actual- no han realizado acciones de peso y relevancia para poner fin a una situación tan lacerante y contraria a los derechos humanos, como lo es el que decenas de miles de mujeres, hombres, ancianos y niños no puedan retornar a su nación en condiciones de seguridad económica y política, de dignidad y libertad.

Según datos de la COMAR, de enero de 1986 a diciembre de 1994 han sido repatriados un total de 8,892 personas. éstas, según un análisis sobre las condiciones existentes en Guatemala para la repatriación, presentado por la Washington Office of Latin America (WOLA, 1994), primero fueron concentradas y hacinadas en aldeas modelo y polos de desarrollo.

Amontonados de tal forma, que en muchos de sus aspectos recuerda los campos nazis de concentración, las aldeas estratégicas del ejército estadounidense en Vietnam, los centros de prisioneros árabes palestinos en Medio Oriente y las concentraciones forzosas de población del régimen sudafricano.

Por su parte, la Iglesia Guatemalteca en el Exilio (IGE) denunció en múltiples ocasiones que todos aquellos que han regresado, habían sido obligados a participar en el proyecto contrainsurgente del gobierno; en las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC); en la construcción de infraestructura militar; en la vigilancia armada de objetivos puramente militares; ejecutando acciones de rastreo; participando en el robo y destrucción de siembras e incluso en ataques armados contra las comunidades de la población en resistencia o enfrentamientos con la guerrilla, además de haber sido sometidos a programas de reeducación ideológica y a entrenamiento militar.

La misma fuente habla de ejecuciones extrajudiciales, desapariciones forzadas, torturas, tratos crueles, inhumanos y degradantes en torno a los

repatriados; el fortalecimiento del control militar sobre la población rural; el nuevo incremento de los "Escuadrones de la muerte", las cárceles clandestinas. Es decir, nada, absolutamente nada ha cambiado.

Aunado a todo esto es manifiesto desde hace mucho tiempo el crecimiento demográfico, la profundización de la crisis económica general, el abandono del campo y la escasez de alimentos.

En suma, estamos hablando de que en Guatemala no existen, ni ayer ni ahora, las condiciones propicias para el retorno. Sin embargo, se están llevando a cabo, ya sea en autobuses "guajoloteros", en convoyes o simplemente caminando. La prensa guatemalteca ha criticado duramente al gobierno por llevar a cabo una política de repatriación improvisada que no garantiza la seguridad y el alojamiento de los retornados.

La pesadilla resurge en el momento en que cientos de inmigrantes cruzan la frontera y pisan suelo centroamericano. "La situación de los repatriados era muy lamentable, ya que todos eran obligados por el ejército a pasar, antes de llegar a su lugar de destino, a la base militar más cercana, en la que llegaban a permanecer semanas o meses para ser registrados. Inclusive, se dieron casos de que durante ese proceso, desaparecieron algunos retornados y tiempo después encontraban sus cuerpos tirados". (Morales Miranda Sara, Repatriación voluntaria, retorno masivo e integración, 1990, p.14)

Además, según un informe del arzobispado de Guatemala (28-II-93) -

durante el gobierno de Ramiro de León Carpio- los repatriados renuentes a participar en las PAC son etiquetados como guerrilleros y comienza un proceso de intimidación y amenaza. "Y si no cambian su actitud, corren el peligro de ser eliminados físicamente". También -añade el documento- si alguno de ellos se encuentra en las "Listas Negras" del ejército era torturado para tratar de obtener información, y posteriormente asesinado.

DE VINICIO CEREZO A DE LEON CARPIO

Remontándonos un poco al pasado, diremos que el primer paso para gestionar el retorno voluntario de los refugiados se dio en 1986 con la entrevista del entonces presidente de México Miguel de la Madrid y su homólogo Vinicio Cerezo, de Guatemala. Se firmaron acuerdos donde se prometían garantías a los que regresaban de proporcionarles tierras al momento de su arribo, y sobre todo, nada de hostilidades y represalias.

Nace entonces la CEAR, Comisión Especial de Ayuda a Repatriados, cuyo objetivo principal es el de facilitar el retorno de los refugiados chapines. "Esta comisión se encargará, según el régimen de Cerezo, de crear las condiciones necesarias que permitan el regreso gradual de los asilados en México; podrán participar con ella, en calidad de observadores, ACNUR, la Iglesia Católica y la Cruz Roja guatemalteca". (Reyermuth Graciela et Oal, Una década de refugio en México, 1992, p.385).

Esta última y la COMAR asociaron sus esfuerzos para llevar a cabo tal enmienda. Entre otros convenios se estipuló que los repatriados no serían

obligados a reasentarse en los polos de desarrollo o en las aldeas modelo; de no ser involucrados en las PAC. Además de lo ya mencionado de otorgarles tierras y seguridad.

No obstante, a pesar de lo halagüeño que pudieran sonar estos compromisos, en la práctica todo fue soslayado. Ya que en este período (septiembre de 1987 a abril de 1988) el ejército chapin lanzó el más grande operativo militar contrainsurgente, conocido como "Ofensiva de Fin de Año", el cual se centró sobre los principales frentes rebeldes en varios departamentos. La importancia de traer a cuenta este atentado consiste en que, en la instrumentación de la misma, la milicia utilizó a decenas de repatriados.

Según fuentes fidedignas, "los repatriados del Centro Veracruz (Ixcán, El Quiché) participan vestidos de militares y con armas de guerra, en acciones militares, rastreos y destrucción de siembras. Después de los operativos, regresan de militares hasta el destacamento del Instituto Nacional de Transformación Agraria -INTA- donde dejan sus armas y uniformes para así regresar de civiles a su lugar en Centro Veracruz".

Simplemente se violó todo convenio pactado. Así de fácil, sin preámbulos, sin miramiento alguno.

Bajo esta mecánica, en 1990 se realizaron elecciones donde el clima de terror era generalizado y en medio de masivas y selectivas violaciones a los derechos humanos. Al tomar el poder Jorge Elías Serrano, afirmó que toda

represión acabaría en mediano plazo. Todo quedó en palabras, nada en hechos, ya que la situación, inclusive, empeoró, tal que en 1992 la Comisión de Derechos Humanos de Guatemala reportó infinidad de casos donde el abuso y la represión estaban en auge.

En ese mismo año viajó al país centroamericano una comisión parlamentaria europea con el propósito de conocer, *in situ*, la verdadera situación del pueblo guatemalteco. Según palabras de la parlamentaria Yéssica Larife, representante de Holanda, "en Guatemala no han cesado las violaciones de esos derechos, siguen los bombardeos contra la población civil, el patrullaje, los campos de concentración, las ejecuciones extrajudiciales, secuestros, torturas." (UnomásUno, 15-4-92)

Con todo ello, la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas acordó no condenar al régimen de Efraín Serrano porque, según éste, la pacificación y el cumplimiento se daría gradualmente.

Cuando, a mediados de mayo de 1993, se preparaba un retorno que se dirigía a Nentón Huehuetenango, se produce un autogolpe de Estado donde queda disuelto el Congreso de la República, la Suprema Corte, la Procuraduría y el Ministerio Público.

El golpe de Estado propiciado por el alto mando militar y el ex presidente Jorge Serrano, entorpeció el movimiento de retorno. Cientos de familias, entre ellas las que regresarían a Nentón, se vieron seriamente perjudicadas debido a

que por la proximidad del mismo, suspendieron su actividad agrícola y otras se vieron obligadas a abandonar el lugar donde estaban asentados por lo que mostraron preocupación por la falta de alimentos, vivienda y fondos para renta de tierra.

El domingo 6 de junio, Ramiro de León Carpio, ex procurador de los derechos humanos asume la presidencia del país hasta el año de 1996. Los refugiados pensaron que este nombramiento sería muy conveniente para ellos porque Ramiro de León fue miembro de la Instancia Mediadora y Verificadora. Pero no fue así, ya que éste puso en manos del ejército todo tipo de repatriación aduciendo que mientras el conflicto armado continuara la fuerza militar no se retiraría.

Y ese siempre ha sido el mayor problema, ya que todavía a mediados de 1995 la milicia se hallaba en tierras de repatriados. Estos, por una parte, han tenido que enfrentar una campaña de intimidación y desprestigio desatada por los militares en contra de su comunidad; haber sufrido ataques de los mismos; los han acusado injustamente de haber sido miembros de la guerrilla, ya que, según su razonamiento, de no ser así no habrían tenido por qué huir; o bien que, en caso de no haber tenido nexos con organizaciones guerrilleras, durante su estancia en México se volvieron subversivos.

Además de todo ello, tenemos que las tierras que se les proporcionaron estaban infestadas de minas, por lo que muchos habían sido heridos por éstas.

Y qué decir de los reclamos que se hicieron en torno a ciertas tierras. En buenas condiciones por supuesto. Ya que según algunos terratenientes, inclusive campesinos guatemaltecos, los repatriados se hallaban asentados en propiedades suyas.

En suma, podemos decir que nada, absolutamente nada cambió. Posiblemente los sistemas de represión, sumamente crueles, que originalmente se dieron desde 1954, hayan mermado un poco.

Tanta violencia, todavía en 1996 -ya en el gobierno de Álvaro Arzú- se ve reflejada ante la negativa de numerosos chapines de regresar a su país. Incluso piden la nacionalidad mexicana, ya que consideran que jamás habrá derechos humanos en esa nación.

De tal forma que "Un grupo de cinco mil 200 refugiados guatemaltecos asilados en México desde hace 14 años pidió hoy formalmente la nacionalidad mexicana al considerar que no hay condiciones para su repatriación". (UnomásUno, 29-6-96, p.3)

Uno de los maestros guatemaltecos que trabajan con los refugiados, asentados en el campamento "La Gloria", municipio La Trinidad, afirmó: "Tengo 14 años de vivir aquí (México). Yo soy guatemalteco, de Todos Santos, Cuchimapan. Allá (en Guatemala) nos trataban como animales. Esa situación fue terrible, sobre todo con Ríos Montt. Y hasta el momento ese señor todavía existe, sigue matando gente, a nuestros hermanos que regresan".

"No, eso si que no -dice indignado otro refugiado- porque nuestros hijos no quieren morir, ya que ellos están en una vida tranquila. Decimos esto porque el 5 de octubre del año pasado (1995) hubo una gran masacre con los retornados allá. Esto ya lo saben nuestros hijos, por eso ellos temen regresar, además ya son mexicanos".

Un tercero añade: "Nos balaceaban a todo momento, por eso corrimos pa'ca. Aquí nos dieron la mano. No nos han dicho que váyanse de aquí, aquí nos dan lugar, nos dan tiempo, si Dios presta la vida de vivir otros años más, nos quedamos. No nos queremos ir, allá no hay respeto, no hay comida".

La Gloria está considerado como uno de los asentamientos de mayor concentración guatemalteca. Aquí los pequeños van a la escuela y las mujeres mayas ayudan a sus esposos en la cosecha y siembra del maíz, en tierras que les cedieron en préstamo ejidatarios mexicanos, a quienes entregan la mitad de lo que se obtenga al final del ciclo.

"Hasta ahora, la gente ya decidió que no va a volver a Guatemala, -asegura Pedro Mateo, promotor de salud que asiste a la comunidad- la situación sigue siendo alarmante. Todos los días escuchamos por la radio que hay muchos muertos y continúa la masacre. Eso sólo significa que las cosas siguen igual de mal y por ello la gente no quiere siquiera pensar en el retorno".

La organización que han logrado en el campamento es notable y diferente a la de otros poblados similares. Entre otras cosas han edificado una ciudad con

calles bien trazadas; templo católico; luz eléctrica en las casas; plaza principal; miscelánea; tienda de abarrotes y servicio de telefonía.

"Ve usted esto. ¿Cómo cree que vamos a querer ir allá -pregunta Marcos Miguel, un anciano de 84 años de edad- Aquí estamos bien, aunque no olvidamos lo que sufrimos por la represión de los militares, que asesinaron a nuestras familias en San Miguel Acatlán".

Sin embargo, he aquí la otra cara de la moneda. Es evidente que las condiciones de vida cambian de un campamento a otro. La constante es la baja dramática de la ayuda internacional que ha puesto sus ojos en Europa o en Africa, donde la hambruna y las guerras minan día con día a millones de seres humanos.

Decíamos, la vida cambia de un refugio a otro, y así en el asentamiento "Poza Rica", en el municipio Las Margaritas, Chiapas, los indígenas fijan sus ojos en el horizonte, donde están esperanza, miedo y su patria, Guatemala. Tienen cara y manos de campesinos. Son campesinos. Sobreviven como pueden. En resguardos hechos con palos y láminas. Son trabajadores, tranquilos y confiados, pero añoran su tierra.

"El gobierno mexicano nos ha tratado muy bien, pero no nos queremos quedar aquí. La renta de la tierra es cara, y a veces no llueve, y no cosechamos, y no comemos, y pues nos va de la chingada", dice Raúl Sales, representante del campamento.

Y sí, a leguas se ve que es malo el temporal. Hombres y mujeres denotan cuerpos enjutos, corroídos por el tiempo y la miseria. Los niños semidesnudos, con el vientre hinchado, juegan con lo único disponible: piedras y ramas.

Pedro Pedro tiene 25 años, pero su rostro refleja unos diez más. "Es que vivimos de la jodida, casi no nos llega comida, cultivamos en el campo, pero a veces las cosechas no dan. No hace mucho todavía nos ayudaban con fruta, verdura, carne de pollo enlatada y leche. Ahora ya ni eso. No es que no nos guste trabajar. Lo hacemos, pero en esta zona hay muy pocas opciones, la paga es muy mala y las jornadas largas. No alcanza para vivir".

Lucas Pérez Pérez -nativo de Yalambojoch, municipio de Nentón- apoya a su compañero: "Aquí nos estamos muriendo de hambre. Además, ¿Cuándo vamos a tener terreno? No, hay que volver a Guatemala. Yo regreso por la tierra. Aquí no tenemos nada y nuestra familia crece. ¿qué les vamos a ofrecer a nuestros hijos?"

Otro refugiado, Santos Diego Juan, afirma: "Hace poco me di una vuelta a Guatemala, a ver cómo estaban las cosas. Poco ha cambiado. Las tierras que nos pertenecían fueron invadidas por otros campesinos. Pero me aseguraron que nos darían nuevos lugares para trabajar. Es mejor volver. Aquí, muchas veces nos tratan como mexicanos de tercera clase".

Finalmente, Emeldina Gaspar, refugiada que llegó huyendo en 1985, del municipio de Santa Huista, Huehuetenango, sentencia: "Es mejor arriesgarse a

recibir un balazo en Guatemala, que seguir padeciendo hambre en México".

El 14 de enero de 1996, Alvaro Arzú asumió la presidencia de Guatemala. El 27 del mismo mes realizó una visita de Estado a México. Entre otras cosas, para conocer a fondo la realidad en la que están sumidos sus paisanos.

Y sí, la conoció. La vivió en carne propia cuando chapines por doquier se arremolinaban en torno suyo. Que pedían; que reclamaban; que exigían. Rostros que reflejaban el horror de la guerra; de los excesos y brutalidades; de la esclavitud.

Recorriendo varios campamentos el mandatario veía, escuchaba, prometía, daba garantías. ¿Retornar o no a Guatemala? era la pregunta clave de los refugiados.

En su momento, Arzú declaró: "El guatemalteco que vuelve a su país puede estar plenamente seguro de que nosotros lo esperamos con los brazos abiertos y que no tienen nada que temer. Que nosotros fiscalizaremos y velaremos porque su retorno esté amparado dentro del marco total y absoluto de seguridad y certeza. Si han existido en el pasado cuestiones aberrantes, quiero creer que no han sido institucionales, por lo menos en los últimos tiempos, sino que han sido provocados por coyunturas del momento que, primero Dios, no volverán a suceder. De manera que el guatemalteco que regrese a su patria, puede sentirse tranquilo".

En este sentido, el coordinador de la COMAR, Alejandro Carrillo Castro, apoyó el compromiso del Presidente centroamericano e incluso añadió: "Lamentablemente ha habido dos casos de muerte a retornados, pero se trata de casos aislados, que no tienen respaldo institucional de su gobierno. Cuando ocurrió esta situación, que todos hemos condenado, las Naciones Unidas, la COMAR y la CEAR se pusieron en contacto con el anterior presidente (De León Carpio) y esto ocasionó que tuviera que presentarse la renuncia del titular de las Fuerzas Armadas, y que ahora el nuevo presidente, Arzú, haya tomado la decisión, muy importante, de pasar el juicio de estos militares a una estancia civil, cosa inusual en países latinoamericanos".

A MANERA DE CONCLUSION

Como un corolario de la compleja situación que vive el sur del país, surge el problema de los refugiados guatemaltecos asentados principalmente en Chiapas. A lo largo de este reportaje podemos apreciar el refugio forzado a través las pruebas más difíciles por las que un pueblo puede pasar. No se trata de una situación que afecte únicamente a los protagonistas, sino que ha involucrado a quienes de alguna manera conviven o son testigos de los acontecimientos.

Dar un panorama de estos hombres sin perder de vista su dimensión humana con toda la carga cultural y emocional que este representa, es exponer el problema del refugio, en la forma más objetiva posible que puede lograrse gracias al reportaje.

Los testimonios de refugiados, miembros de organizaciones nacionales, internacionales y no gubernamentales, así como la visión de los mexicanos instalados en la zona, y finalmente la opinión tanto de funcionarios civiles como militares de México y Guatemala, pretendieron brindarle al lector una perspectiva inmediata e íntima de la vida guatemalteca en nuestro territorio.

En el reportaje, los refugiados fueron presentados como seres de carne y hueso que sufren el exilio como resultado de la política en su país, y que para la "fría erudición académica" es sólo una estadística descarnada, pero para los hombres y mujeres que la viven, es una realidad de lucha por la sobrevivencia y los valores culturales.

El campo de los refugiados se convierte así, en un lugar donde intereses políticos, económicos y sociales juegan un papel primordial olvidando muchas veces el trasfondo humano donde la realidad mexicana y guatemalteca se ven inmersas.

Hoy cuando se abre una puerta a la paz en el país vecino, y la guerra parece llegar a su fin, la reflexión sobre la vida de estos hombres se torna necesaria. No podemos hablar de un saldo a favor o en contra, más bien es tiempo de observar el resultado inmediato de la presencia guatemalteca en la complejidad de una región que amenaza estallar en cualquier momento. El presente reportaje pretendió introducir al lector en este inquietante mundo. Será él quien saque sus propias conclusiones.

CRONOLOGÍA

- 1950 = Aparece el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. (ACNUR)
- 1980 - 1982 = Éxodo masivo de guatemaltecos hacia territorio mexicano.
- 1980 = Fue creada la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR)
- 1980 = Se instaura el Comité Cristiano de Solidaridad de la Diócesis de San Cristóbal (CCS).
- 1984 = Incursiona y mata la tropa guatemalteca en "El Chupadero", campamento asentado en Las Margaritas, Chiapas.
- 1986 = Surge la Comisión Nacional para la Atención de Repatriados, Refugiados y Desplazados de Guatemala (CEAR)
- 1986 = Según COMAR, existía una población de 20 mil 605 guatemaltecos en los campamentos de Refugiados en Chiapas, distribuidos en 64 asentamientos dispersos a lo largo de la franja fronteriza.
- 1988 = Se forman las Comisiones Permanentes de Refugiados Guatemaltecos (CCPP)
- 1989 = Es establecida la Conferencia Internacional sobre Refugiados Centroamericanos. (CIREFCA)
- 1990 = Es creado el Programa de Educación Inicial para el Niño Refugiado.
- 1993 = Primera repatriación masiva de refugiados chapines a su país.
- 1994 = Integrado en su mayoría por indígenas y campesinos, se

levanta en armas el autodenominado Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas.

29 de diciembre de 1996 = Después de intensas negociaciones entre la guerrilla y el Ejército guatemalteco, se firma la paz, teniendo como testigo de honor al presidente de México, Ernesto Zedillo.

FUENTES.

1. BIBLIOGRAFÍA

A) LIBROS

- 1) Aguayo, Sergio. El éxodo centroamericano. Consecuencias de un conflicto. SEP, México 1985.
- 2) Alvarado Arellano, Humberto. Apuntes para la historia del Partido Guatemalteco del Trabajo. 1975.
- 3) Arana, M., R. Gómez, E. González. Medidas mínimas de salud durante los procesos de reubicación de refugiados, (ms) Comitán 1985.
- 4) Becerra, Marcos E., Nombres geográficos indígenas del estado de Chiapas, Instituto Nacional Indigenista, México, 1985 3a ed., 393 p.p.
- 5) Berninger Dieter, George. La inmigración en México 1821-1857, Trad. de Roberto Gómez. SEP 1974.
- 6) Calvo Hernández, Manuel, Periodismo Científico, Ed. Paraninfe, Madrid, 1977.
- 7) Cardona y Aragón, Luis. Guatemala: Las líneas de su mano. 1976.
- 8) Castañeda, Mario, El derecho al retorno. Comisión de Derechos Humanos de Guatemala, 1990
- 9) Cohen, Sandro, Redacción sin dolor. Edit. Planeta, México, D.F. 1995 2° ed. 292 p.p.
- 10) Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos, Secretaría de Gobernación, UNAM, México, D.F., 1994, 305 p.p.
- 11) Cruz, J.A., Absalón Castellanos y Terratenientes. Un Análisis coyuntural. Universidad Autónoma de Chiapas 1982.
- 12) Cueva, Agustín. El desarrollo del capitalismo en América Latina. Siglo XXI. México 1980.
- 13) Chartey, Mitchell V., Periodismo informativo, Troquel, Buenos Aires.
- 14) De Vos, Jan, Cuando la Selva Lacandona aún era selva, SEP-Frontera, México, D.F. 1988, 323 p.p.

- 15) Del Río Reynaga, Julio, Reflexiones sobre periodismo, medios y enseñanza de la comunicación, UNAM, FCPyS, México, D.F., 1993, 150 p.p.
- 16) Del Río Reynaga, Julio, Periodismo interpretativo. El reportaje, Trillas, México, 1994, 26 p.p.
- 17) Diócesis de San Cristóbal de las Casas. Informe Sub-equipo Palenque con relación traslado. Diócesis de San Cristóbal de las Casas 1984.
- 18) Duby, Gertrude, Los Lacandones. Su pasado y su presente, SEP, México 1944.
- 19) Enciclopedia de México, tomo VIII, SEP, México 1987.
- 20) Esponda, Hugo. El presbiterianismo en Chiapas: Orígenes y Desarrollo. Publicaciones El Faro. México 1986.
- 21) Ferguso, Donald, et al, El periodismo en la actualidad, Edamex, 1988.
- 22) Freyermuth, Graciela y Hernández, Aida, Una década de refugio en México, Academia Mexicana de Derechos Humanos, 1990.
- 23) Gorz, Margarita y Ullóa, Pedro, A B C del Periodismo, Ed. Pax, México, 1988.
- 24) Hasch, Clarence, Periodismo académico, Edamex, 1988.
- 25) Ibarrola, Javier, El reportaje, Gernika, México, 1994.
- 26) Leñero, Vicente, Talacha periodística, Grijalbo, México, 1989.
- 27) Leñero y Marín, Manual de periodismo, Grijalbo, México, 1986.
- 28) Ley General de Población y Reglamento, Secretaría de Gobernación, México, 1993, 85 p.p.
- 29) Martínez Albertos José Luis, Redacción periodística: Los estilos y los géneros en la prensa escrita, Barcelona.
- 30) Moscoso Pastrana, Prudencio, La tierra lacandona, sus hombres y sus problemas, Corporación de Fomento de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chis. 1986, 270 p.p.

- 31) Paniagua, Alicia, Chiapas en la coyuntura centroamericana, en Cuadernos Políticos, núm. 38-54, Era.
- 32) Secretaría de Educación Pública, Chiapas. Colores de agua y selva, SEP, México, D.F., 1987. 299 p.p.
- 33) Ulibarri, Eduardo, Idea y vida del reportaje, Ed. Trillas, 1994.
- 34) Vivaldi, Martín, Géneros periodísticos de información, Ed. Paraninfo, Madrid.

B) TESIS

- Ardila Ardila, Martha Lucía. Un nuevo flujo migratorio internacional: los refugiados guatemaltecos en el estado de Chiapas, México. Tesis para optar al título de Doctora en Estudios Latinoamericanos, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1985.
- Fregoso Vera, Sandra Liliana; México ante los refugiados guatemaltecos en la frontera sur. FCPyS. UNAM; 1992.
- García Hernández Esteban; La emigración guatemalteca en México 1980-1983; FCPyS. UNAM; 1985.
- López Cano Margarita; La política de México hacia los refugiados guatemaltecos en México; FCPyS. UNAM; 1987.
- Morales, Sara, Repatriación voluntaria. Retorno masivo o integración. Alternativas actuales de los refugiados guatemaltecos en México, ENEP Acatlán, 1990.
- Sierra Araujo Teresita del Niño Jesús; Condiciones para la repatriación voluntaria de los refugiados guatemaltecos asentados en el sureste mexicano 1986-1992; FCPyS. UNAM; 1993.

2. HEMEROGRAFÍA

A) PERIÓDICOS

- ☺ Excélsior 16-02-85. "De dos a tres refugiados mueren diariamente en el campamento Los Lirios de Quintana Roo".
- ☺ El Universal 16-01-1986. "Utilizan métodos violentos en la reubicación de los refugiados. Denuncia el obispo Samuel Ruíz", por Rocha Cadena, Alberto.
- ☺ La Jornada. 30-11-1996. "Guatemala-URNG: El cese del fuego, a partir de la segunda quincena de enero". p. 45.
- ☺ La Jornada. 17-12-1996. "México-Guatemala: Policías protegen a tratantes en la frontera". p. 8.
- ☺ La Jornada. 17-12-1996. "Sobre las Matanzas en el Chupadero".
- ☺ Unomásuno, 14-12-1996. "Solicitan 2 mil refugiados guatemaltecos se les otorgue la nacionalidad mexicana". p. 15.
- ☺ Unomásuno, 29-6-1996. "Refugiados guatemaltecos piden nacionalidad mexicana". p. 3.
- ☺ Unomásuno. 6-7-1996. "Apoyo europeo a refugiados". p. 7.

B) REVISTAS

- Centro de Información y Análisis de Chiapas, A.C., Resumen informativo, Centro de Coordinación de Proyectos Ecuménicos, Núm. 4, junio, San Cristóbal de las Casas 1991.
- Ciencia y Tecnología para Guatemala (CITGUA), año 1, octubre, México, 1984. Castillo Montaivo, Rolando. La salud en Guatemala. Cuaderno 2
- Ciencia y Tecnología para Guatemala (CITGUA) Crisis en Centroamérica y Refugiados Guatemaltecos en México, en Ciencia y Tecnología para Guatemala, Núm. 5, junio, México 1985.
- EPOCA. "Incursión y mata la tropa guatemalteca en Campeche". p. 22. Núm. 84. Enero 1993.

- Boletín médico del Hospital Infantil de México No. 10, Flores Huerta et al. Evaluación Nutricional de Refugiados Guatemaltecos y Población Mexicana del Area Rural de Chiapas, vol. 43, octubre. México 1986.
- Por esto. Henríquez, Elio Tovar, Según el interés de la guerrilla y el gobierno de Guatemala. Refugiados volverían a su país, 1991.
- PROCESO, No. 897, 10 de enero de 1994, El estallido que estremece a México, págs. 6-15.
- PROCESO, No. 925, 25 de julio de 1994, Nunca habrá solución en Chiapas..., , págs. 36-39.
- PROCESO Núm. 848. 1993, Con todo en contra emprenden su nueva vida los repatriados guatemaltecos. p. 43.
- PROCESO Núm. 804, 1992, Faltan en Guatemala recursos para recibir a los refugiados y en México se les reduce la ayuda, págs. 21-24.
- PROCESO Núm. 393, 1984, Pésima conducta de Gobernación ante Ref-Gua. , págs. 7-9.
- PROCESO Núm. 847, 1993, Retorno a Guatemala, nuevo objetivo de refugiados, p. 31.
- PROCESO Núm. 394, 1984, Alternativa para los guatemaltecos: Campeche o Guatemala; ellos quieren Chiapas, págs. 26-28.
- REFUGIADOS Núm. 76, La vuelta a casa, ACNUR, págs. 18-20.

3. DOCUMENTOS

- Comisión Mexicana de Ayuda a refugiados (COMAR) Los refugiados guatemaltecos en México. Memoria de la COMAR 1982-1988.
- Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) Informe sobre la situación de los refugiados guatemaltecos. COMAR. México. 1984.
- COMAR-ACNUR. 1986. Primera reunión para evaluar los servicios de salud otorgados a los refugiados guatemaltecos. COMAR.
- Conferencia Internacional sobre Refugiados Centroamericanos (CREFCA). 1989. Documento de los Estados Unidos Mexicanos. Diagnóstico, estrategia y

propuestas de proyecto, ciudad de Guatemala 29-31 de mayo.

- ☑ Coordinadora Nacional de Organismos No-Gubernamentales de Ayuda a Refugiados (CONONGAR) 1991. Diagnóstico de la CONONGAR sobre la situación de los refugiados centroamericanos en México. CONONGAR, México.
- ☑ Diagnóstico. Campamentos de Chiapas, reubicación. COMAR, Comitán 1985.
- ☑ COMAR. Diagnóstico de Salud y Evaluación de los servicios médicos brindados a la población refugiada asentada en el estado de Chiapas. COMAR, Chiapas 1986.
- ☑ COMAR. Documentación sobre repatriación y retorno. COMAR, Delegación Comitán, Chiapas, S/F.
- ☑ COMAR. Informe de labores. Septiembre de 1994, COMAR, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1994, 25 p.p. y Anexos.
- ☑ ACNUR, COMAR Y PMA. Minuta de la reunión celebrada el 15 de agosto de 1994 entre el ACNUR, la COMAR y el PMA para definir los mecanismos e información para la elaboración de informes.
- ☑ COMAR. Panorama del refugiado guatemalteco en el sureste de México, Texto definitivo para la agenda estadística Chiapas 1994. COMAR, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1994.
- ☑ ACNUR. Plan operativo de emergencia. ACNUR, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. 1994.
- ☑ COMAR Plan operativo de emergencia para los campamentos. COMAR, Comitán, Chiapas. 1994.

4. ENTREVISTAS

- ✍ Alvaro Arzú, presidente de Guatemala. 1996.
- ✍ Alejandro Carrillo Castro, coordinador de COMAR. 1996
- ✍ Antonia Dominga, refugiada guatemalteca desde 1982. 1995
- ✍ Antonino García, mexicano, coordinador de campo, Alta Margaritas, entrevistado en Comitán, Chiapas, octubre de 1994.

- ✍ Balbina Aldana Monroy, mexicana, promotora de campo, Poza Rica, entrevistada en septiembre de 1995
- ✍ Carlos Almazán Ramos, mexicano, promotor de campo, campamento El Porvenir, Las Margaritas, Chis, entrevistado en febrero de 1995.
- ✍ Carlos Vejar Ramos, mexicano, coordinador general de la COMAR, entrevistado en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, enero de 1995.
- ✍ Carmen Robles Ayala, mexicana, promotora de campo, Poza Rica, entrevistada en septiembre de 1995.
- ✍ Don Pedro N., guatemalteco refugiado, campamento Poza Rica, Las Margaritas, Chiapas, septiembre de 1994.
- ✍ Edwin Neftalí García Morales, guatemalteco, encargado del Centro de Documentación de la CEAR, entrevistado en Campeche, Campeche, enero de 1995.
- ✍ Emeldina Gaspar, refugiada desde 1983. 1995.
- ✍ Felipe Sánchez, mexicano, delegado de la COMAR en Quintana Roo, entrevistado en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, julio de 1994, y en Chetumal, Quintana Roo, enero de 1995.
- ✍ Guadalupe Zamorano Díaz, mexicana, campamento Sinaloa Colonia, Municipio de Frontera Comalapa, Chiapas, entrevistada en la ciudad de México, abril de 1995.
- ✍ Hilda L. Miller, norteamericana, oficial de Proyectos del Programa Mundial de Alimentos, entrevistada en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, agosto de 1994.
- ✍ Israel Jiménez, mexicano, coordinador del Proyecto del PMA, entrevistado en la ciudad de México, febrero de 1995.
- ✍ Javier Villazón Salem, ingeniero, mexicano, director de Planeación y Asistencia de la COMAR, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, entrevistado en diversas ocasiones en los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1994.
- ✍ Lucas Pérez Pérez, refugiado desde 1989. 1995.
- ✍ Marcos Miguel, refugiado desde 1982. 1996.
- ✍ Maestro guatemalteco que asiste a los refugiados desde 1985. 1996.

- ✍ María Pascual Matías, 26 años, refugiada, campamento Poza Rica, septiembre de 1994.
- ✍ Melquíades, refugiado desde 1985. 1995.
- ✍ Miguel Angel Pérez King, mexicano, subdirector de Planeación y Asistencia durante 1994, entrevistado en la ciudad de México, enero de 1997.
- ✍ Miguel N., mexicano, funcionario de la COMAR, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, noviembre de 1994.
- ✍ Natalia Arias Leal, mexicana, promotora de campo, campamento Amparo Agua Tinta, entrevistada en noviembre de 1994.
- ✍ Patricia Villanueva, mexicana, promotora de campo en la COMAR, campamento Poza Rica, enero de 1995.
- ✍ Pedro Antonio, refugiado desde 1985. 1995.
- ✍ Pedro Mateo, promotor de salud en el campamento Poza Rica desde 1985. 1996.
- ✍ Santos Diego Juan, refugiado desde 1988. 1995.

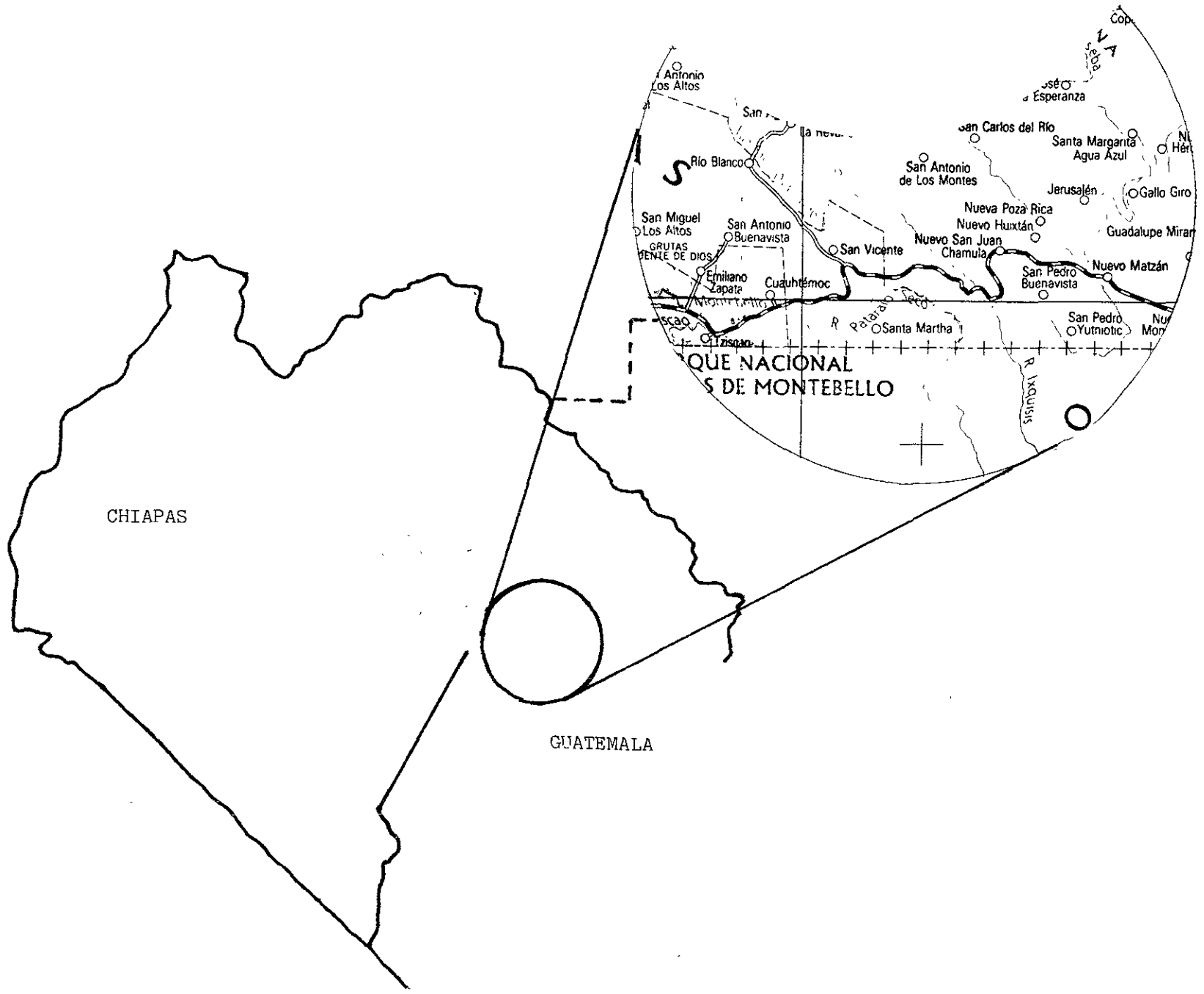
5. MAPAS.

- * Secretaría de Comunicaciones y Transportes, Chiapas. Mapa turístico, SCT, México 1994.
- * INEGI, EL EDEN. Plano Topográfico, E15D75, 1: 50 000, INEGI, México S/F.
- * Mapa de México, Rand McNally Map, San Francisco, California, S/F.

ANEXOS

ZONAS DE ASENTAMIENTO DE LOS REFUGIADOS GUATEMALTECOS POR MUNICIPIO DE EXPULSION







CAMPAMENTO BASE POZA RICA

